

PERIOLIBROS



EÇA DE QUEIRÓS

EL MANDARÍN

Traducción:
Francisco Cervantes

Ilustraciones:
Leoncio Villanueva

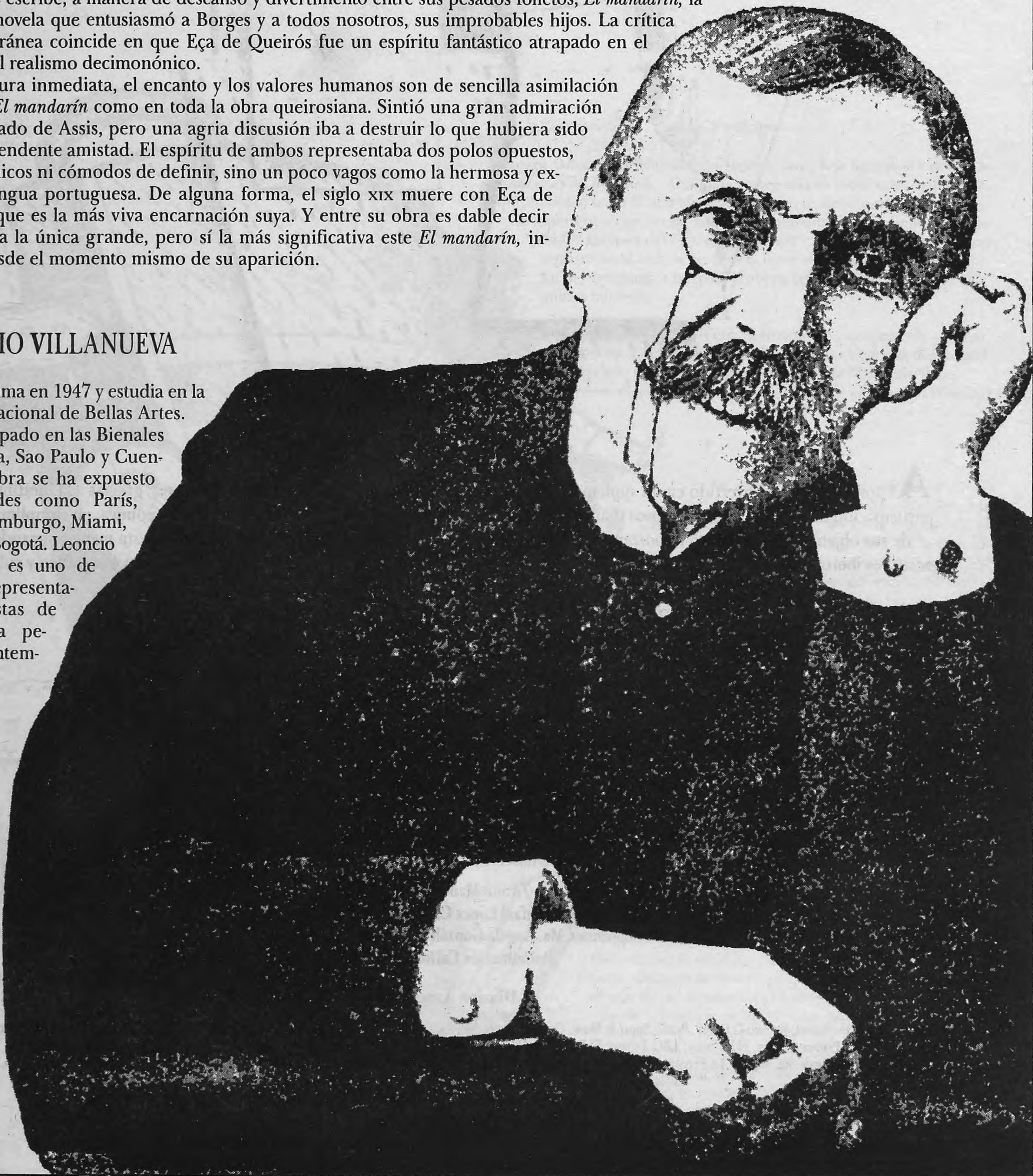
Página/12

JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIRÓS (1845-1900)

Eça de Queirós fue, según Borges, "esa cosa un tanto melancólica: un aristócrata pobre". También fue viajero y diplomático. Y hoy sabemos que este escritor portugués es el autor de una obra cimera de la literatura del siglo XIX. Perteneció a la llamada "generación de 1870" que, presidida por el publicista Antero de Quental, renovó las letras portuguesas y combatió la postración ética de la Monarquía Constitucional que finalizó en 1910 con la República proclamada por Teófilo Braga, contertulio de Eça de Queirós en el grupo de los *vencidos da vida*. Las corrientes democráticas y socialistas escasamente lo rozaron, aunque la cercanía y el compañerismo de Antero de Quental y las conferencias de éste, conocidas como las *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares* debieron, cuando menos haber despertado su curiosidad.

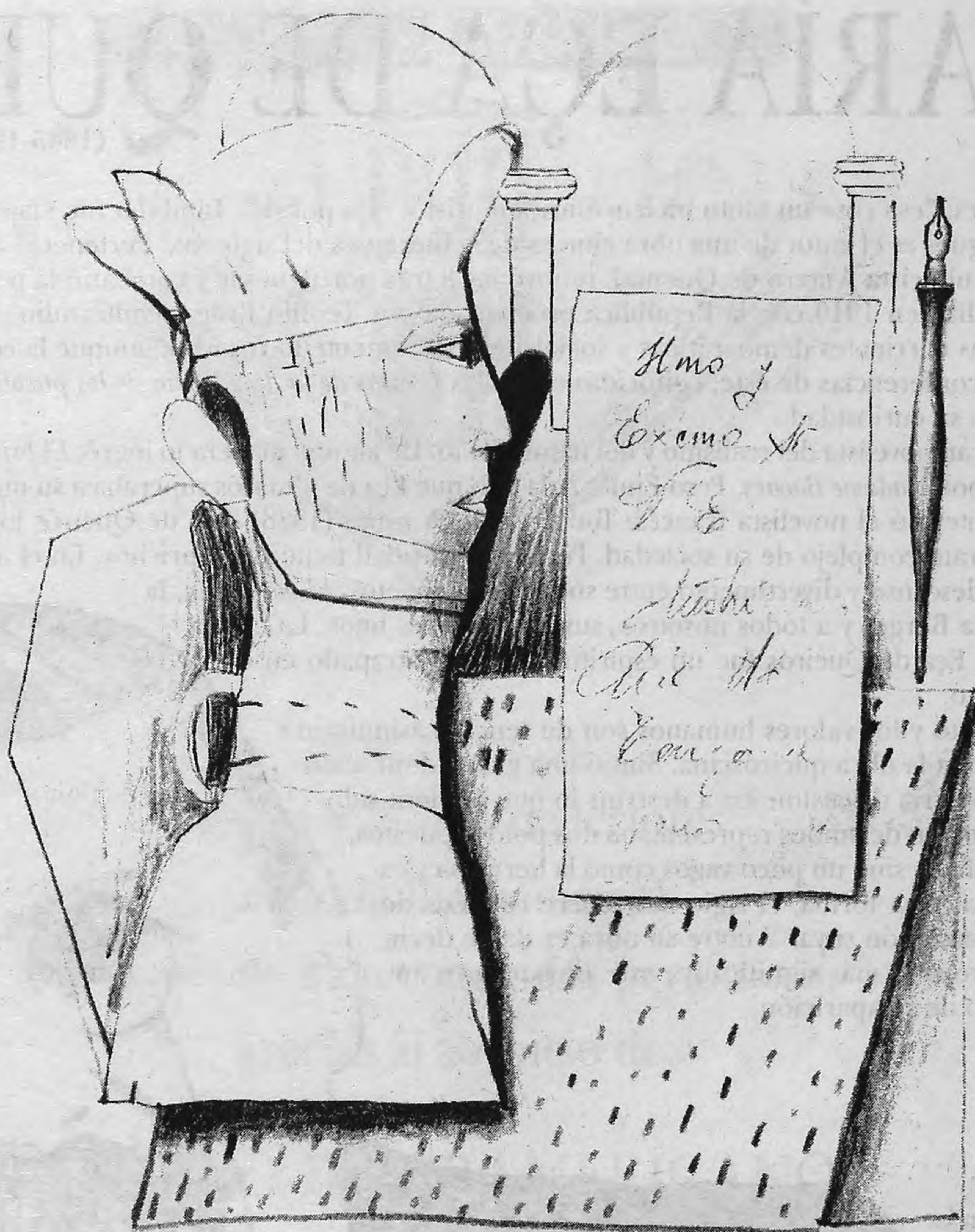
Eça de Queirós quiso ser un gran novelista del realismo y del naturalismo. De alguna manera lo logró. *El primo Basilio* (1878) es un libro sobre el adulterio inspirado por *Madame Bovary*. Pero Émile Zola dijo que Eça de Queirós superaba a su modelo. "Y es un discípulo de Flaubert quien les habla", sentenció el novelista francés. Todavía con *Os maias* (1888), Eça de Queirós logró su indiscutible obra maestra en esta vertiente, un retrato complejo de su sociedad. Pero la posteridad tiene sus caprichos. En el año de 1880, el narrador portugués escribe, a manera de descanso y divertimento entre sus pesados folletos, *El mandarín*, la pequeña novela que entusiasmó a Borges y a todos nosotros, sus improbables hijos. La crítica contemporánea coincide en que Eça de Queirós fue un espíritu fantástico atrapado en el cuerpo del realismo decimonónico.

De lectura inmediata, el encanto y los valores humanos son de sencilla asimilación tanto en *El mandarín* como en toda la obra queirosiana. Sintió una gran admiración por Machado de Assis, pero una agria discusión iba a destruir lo que hubiera sido una sorprendente amistad. El espíritu de ambos representaba dos polos opuestos, ni académicos ni cómodos de definir, sino un poco vagos como la hermosa y expresiva lengua portuguesa. De alguna forma, el siglo XIX muere con Eça de Queirós, que es la más viva encarnación suya. Y entre su obra es dable decir no que sea la única grande, pero sí la más significativa este *El mandarín*, inmortal desde el momento mismo de su aparición.



LEONCIO VILLANUEVA

Nace en Lima en 1947 y estudia en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Ha participado en las Bienales de Venecia, Sao Paulo y Cuenca, y su obra se ha expuesto en ciudades como París, Roma, Hamburgo, Miami, México y Bogotá. Leoncio Villanueva es uno de los más representativos artistas de la pintura peruana contemporánea.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**
Postproducción **Carlos Castañeda**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show**, Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **El Periódico USA**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.
PERIOLIBROS: APARTADO POSTAL 20-012, COL. SAN ÁNGEL, C.P. 01001, MÉXICO D.F.

PERIOLIBRO No. 34

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / julio de 1995

EL MANDARÍN

Prólogo

Primer amigo *(bebiendo coñac con agua mineral, bajo los árboles y en una terraza a orillas fluviales):* –Compañero, a causa de estos calores del estío, que embotan hasta la más afinada inteligencia, deberemos descansar de la áspera observación de la realidad humana. Dirijámonos pues, hacia los campos del ensueño, vagando entre esas azuladas colinas románticas, donde se levanta la torre abandonada de lo sobrenatural, y los musgos frescos recubren las ruinas del idealismo. ¡Hagamos fantasía!

Segundo amigo: –Pero, sobriamente, compañero, con parquedad. Y como en las sabias y amables alegorías del Renacimiento, agregándole siempre una Moralidad discreta...

(De una Comedia Inédita)

I

Mi nombre es Teodoro y fui amanuense del Ministerio del Reino. Por aquellos tiempos, vivía yo en la travesía de la Concepción, número 106, en la casa de huéspedes de doña Augusta, la espléndida doña Augusta, viuda del mayor Marques. Tenía dos compañeros: Cabrita, que estaba empleado en la Administración del Barrio Central, flaco y amarillento como una vela de entierro, y el fuerte y exuberante Teniente Couceiro, gran ejecutante de guitarra francesa.

Mi existencia era muy tranquila y sencilla. Me pasaba toda la semana en mangas de lustrina en el escritorio de mi despacho, iba trazando con una hermosa letra cursiva sobre el papel sellado del Estado, estas simples frases:

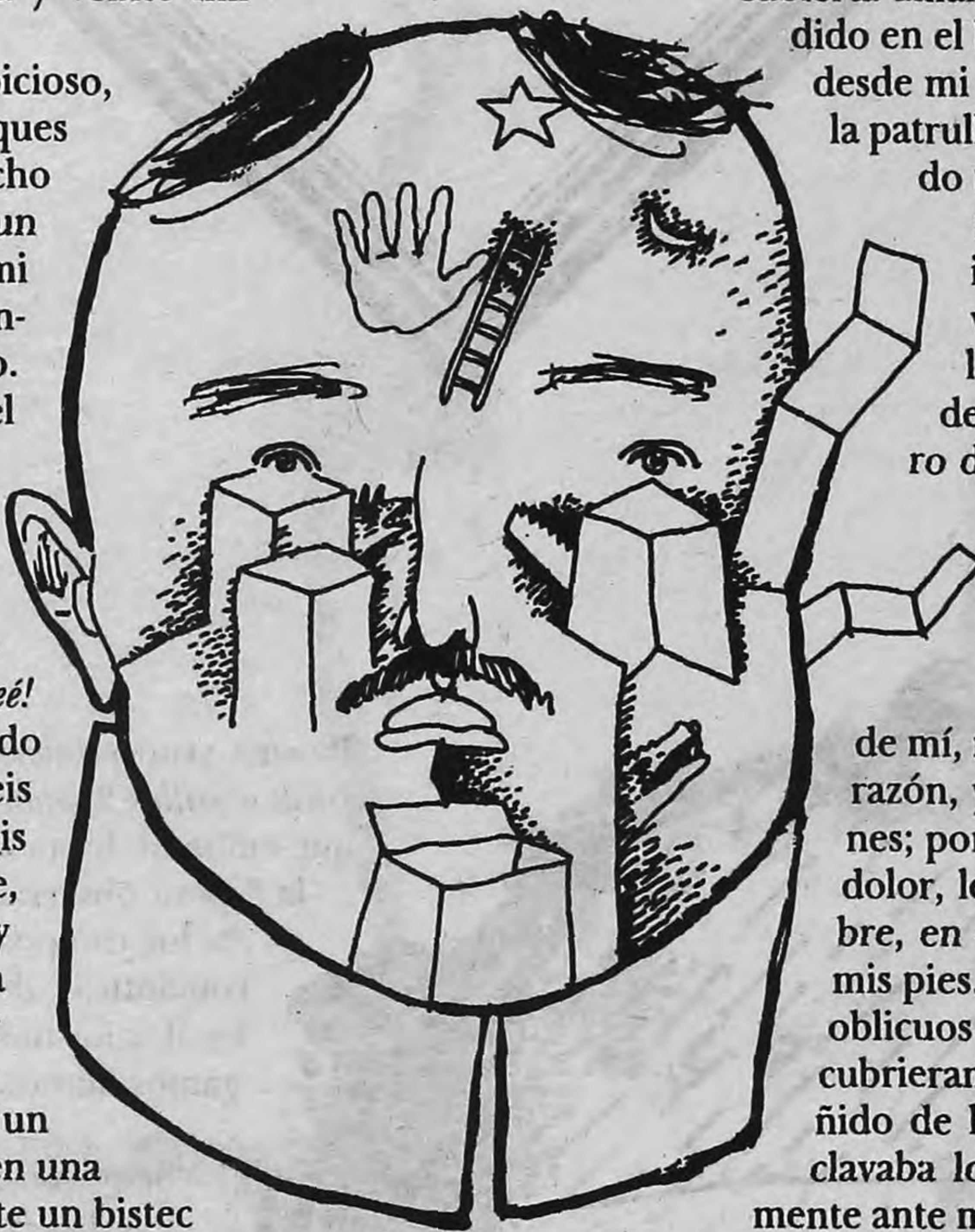
Ilmo. y Exmo., Sr.: Tengo el honor de comunicarle a Vuesas Excelencias... Me cabe el honor de hacer del conocimiento de Vuesa Excelencia, Ilmo y Exmo. Sr....

Los domingos descansaba. Instalábame entonces en el sofá del comedor, con la pipa entre los dientes, y observaba a doña Augusta que, en días de misa, acostumbraba limpiar con clara de huevo la caspa del Teniente Couceiro. Esta hora, sobre todo en verano, resultaba deliciosa: por las ventanas, medio cerradas, penetraban la resolana, algún repique distante de las campanas de la Conceição Nova y el arrullo de las tórtolas en el balcón; el monótono murmullo de las moscas se balanceaba sobre la vieja cambraia, antiguo velo nupcial de Madame Marques, que ahora cubría los platos de las cerezas agridulces; poco a poco el teniente, envuelto en una manta como un ídolo en su capa, iba adormeciéndose, bajo la fricción suave de las mimosas manos de doña Augusta; y ella elevando el dedo meñique blanco y carnoso, le surcaba las crenchas lustrosas con un peinecillo para los animales. En-

ternecido, entonces yo le decía a la amable señora:

–¡Ay, doña Augusta, qué ángel es usted!

Ella reía, me llamaba flaco. Yo sonreía, sin hacerlo notar. "Flaco" era en efecto el sobrenombre que me daban en la casa, por ser yo magro, entrar siempre con el pie derecho, temblar a ratos, tener en la cabecera de mi cama una litografía de nuestra Señora de los Dolores, que perteneció a mi mamá, y andar jorobado. Desgraciadamente ando jorobado por lo mucho que doblegué el espinazo en la Universidad, caminando para atrás como un ave asustada frente a los profesores, y en mi despacho, humillando la frente en el polvo ante mis directores generales. Por lo demás, esta actitud es la que conviene al bachiller; mantiene la disciplina en un Estado organizado y a mí me garantizaba la tranquilidad de los domingos, el uso de un poco de ropa blanca y veinte mil reis mensuales.



Pero no puedo negar que por entonces era ambicioso, como maliciosamente lo reconocían madame Marques y el risueño Couceiro. No que se me agitara el pecho por el apetito heroico de dirigir, desde lo alto de un trono, vastos rebaños humanos; tampoco porque mi alma loca aspirara a circular por la Baja en un convoy de la Compañía, seguido de un lacayo trotando. Pero sí me azuzaba el deseo de poder cenar en el Hotel Central con champaña, apretar la mano cariñosa de vizcondesas, y cuando menos dos veces a la semana, adormecerme en un éxtasis mudo, bajo el fresco seno de Venus. ¡Oh, muchachos que van vivamente al teatro de San Carlos, vestidos con sacos caros donde lucen las corbatas de *soireé!* ¡Oh, los carruajes pletóricos de andaluzas, aplaudiendo gallardamente a los toros, cuántas veces me hicisteis suspirar! Porque la seguridad de mis veinte mil reis mensuales y mi apariencia encogida de alfeñique, me excluían para siempre de esas alegrías sociales, y me venían entonces a herir en el pecho, como una flecha que se clava en un tronco y permanece por largo tiempo vibrando.

Pero aún así no me consideraba sombríamente un paria. La vida humilde tiene sus dulzuras; es grato en una mañana con sol alegre, con la servilleta al cuello ante un bistec asado, desdoblar el *Diario de Noticias;* por las tardes en verano, en las bancas del paseo público, se disfrutan de las ternuras del idilio; y es delicioso, por la noche, en el Martinho, beber a sorbos un café, escuchar a los verbosos injuriar a la patria... Además nunca fui exageradamente desgraciado, porque no tengo suficiente imaginación. No me consumía vagando y rondando alrededor de paraísos artificiales, nacidos en mi propia alma deseosa, como nubes, de la evaporación de un lago; no suspiraba mirando a las brillantes estrellas, por algún amor a lo Romeo o por una gloria social a la Camões. Soy un ser positivo. Sólo aspiraba a lo racional, a lo tangible, a lo que ya había sido alcanzado por otros, en mi barrio, a todo aquello que le es accesible a un bachiller. Y me iba resignando, como quien en una mesa de hotel mastica a duras el pan seco, en espera de que venga el exquisito plato de *Charlotte russe.* Los días felices deberían venir ya, y para apresurarlos yo hacía todo lo que debía como portugués y como constitucionalista: rezaba todas las noches a Nuestra Señora de los Dolores y compraba pedazos de lotería.

Mientras, intentaba distraerme. Y como las circunvoluciones de mi cerebro no me permitían componer odas a la manera de tantos otros que a mi lado se desahogaban así del tedio de la profesión, con mi salario, la casa pagada y el tabaco, no me permitía ningún vicio. Había adquirido el discreto hábito de comprar en el mercado de segunda mano, antiguos volúmenes sueltos y por las noches, en mi cuarto, me alimentaba con esas curiosas lecturas. Eran siempre obras con títulos admirables: *Galerías de la inocencia, Espejo milagroso, Tristeza de los desheredados.* Tipografías venerables, el papel amarillento, con mordeduras de polilla, la pesada encuadernación frailuna, la cintilla verde para señalar la página me encantaban. Además, aquellos refranes ingenuos en letra gruesa llenaban todo mi ser con una sensación de paz, comparable a la que podía ofrecer una vieja muralla monacal, en el fondo de un valle, al concluir la suave tarde, escuchando el fluir de la triste agua...

Hace años, una noche, me encontraba comenzando a leer en uno de esos infolios vetustos, un capítulo titulado *Menoscabo de las almas;* e iba sumergiéndome en un sopor agradable, cuando un párrafo singular destacó entre el tono neutro y apagado de la página, con el relieve de un medallón de oro nuevo, brillando sobre un tapete oscuro; copio textualmente:

> *"En lo más ignorado de la China vive un mandarín más rico que todos los reyes que las fábulas o la Historia cuentan. Nada sabes de él, el nombre, el semblante, ni siquiera la seda que viste. Para que heredes sus riquezas infinitas, basta que toques este timbre que tienes a tu lado, sobre un libro. Despedirá sólo un suspiro, en esos confines de Mongolia.*
>
> *Será entonces un cadáver. Y tú verás a tus pies más oro del que puede soñar la ambición de un avaro. Tú, que me lees y eres un hombre mortal, ¿tocarás el timbre?"*

Quedé paralizado por la sorpresa, frente a la página abierta; aquella interrogación: "hombre mortal, ¿tocarás el timbre?" me parecía una broma y me perturbaba prodigiosamente. Quise leer más, pero las líneas huían, ondulaban como cobras sorprendidas, y en el vacío que dejaban con una lividez de pergamino, quedaba fulgurando en negro la interpelación extraña: "¿Tocarás el timbre?"

Si el volumen hubiera sido una honrada edición Michel-Levy, con cubierta amarilla, yo que finalmente no me encontraba perdido en el bosque de una balada alemana, y que podía ver desde mi balcón blanquear la luz del gas y el correaje de la patrulla, habría simplemente cerrado el libro y disipado tal alucinación nerviosa. Pero aquel sombrío infolio parecía exhalar magia: cada letra fingía la inquietante configuración de los signos de la vieja cábala que encierran un atributo fatídico: las comas tenían el retorcido petulante de rabos de diablillos entrevistos en la blancura de un claro de luna, ¡en el signo de interrogación final veía yo el asustante gancho en el que el Tentador va colgando las almas que se durmieron sin refugiarse en la inviolable ciudadela de la Oración!

Una influencia sobrenatural, al apoderarse de mí, me arrebató despacio fuera de la realidad, de la razón, y en mi espíritu se fueron formando dos visiones; por un lado un mandarín decrépito, muriendo sin dolor, lejos, en un kiosco chino, ante un ti-lín del timbre, en el otro toda una montaña de oro cintilando a mis pies. Esto era tan claro, que alcanzaba a ver los ojos oblicuos del anciano personaje, nublándose como si se cubrieran por una capa de polvo; y sentía el delicado tañido de las libras rodando juntas. E inmóvil, crispado, clavaba los ojos ardientes en el timbre posado pacatamente ante mí, sobre un diccionario francés, el previsto timbre, citado en el mirífico infolio...

Fue entonces cuando, desde el otro lado de la mesa, una voz insinuante y metálica me dijo, en el silencio:

–Vamos Teodoro, amigo mío, alargue la mano y haga sonar el timbre ¡sea fuerte!

La pantalla verde de la vela trazaba una sombra alrededor. La levanté temblando. Y vi, muy tranquilamente sentado a un individuo corpulento, todo vestido de negro, con un sombrero alto, y las dos manos enfundadas en guantes negros pomposamente apoyados en un paraguas. No tenía nada de fantástico. Parecía tan contemporáneo, tan normal, tan de clase media como si proviniera de mi oficina.

Toda su originalidad se cifraba en su rostro, sin barba, hecho de líneas fuertes y duras; la nariz brusca, de un aquilino formidable, ofrecía la expresión rapaz y atacante del pico de un águila; el trazo de los labios muy firme, fingía una boca de bronce; sus ojos, al fijarse, parecían dos fogonazos de disparos, partiendo súbitamente de entre las zarzas tenebrosas de las cejas unidas; estaba lívido, y por aquí y por allá, en la piel, le corrían vetas de sangre, como a un viejo mármol fenicio.

Entonces se me vino a la cabeza que tenía ante mí al Diablo; pero inmediatamente toda mi razón se levantó resueltamente contra esta imaginación. Yo nunca había creído en el Diablo como nunca había creído en Dios. Jamás lo dije en voz alta ni lo comuniqué a los periódicos, para no ofender al poder público, encargados de mantener el respeto a tales entidades, pero que existían estos dos personajes, viejos como la Sustancia, rivales bonachones, haciéndose jugarretas amables mutuamente, uno con las barbas nevadas y la túnica azul con el atuendo del antiguo Jove, habitando en las alturas luminosas, entre un corte más complicada que la de Luis XIV; y el otro ensuciado y mañoso, adornado con un par de cuernos. Viviendo en las llamas inferiores, en una limitación burguesa del pintoresco plutón, no lo creía. ¡Y no lo creo! Cielo e infierno son concepciones sociales para uso de la plebe, y yo pertenezco a la clase media. Es verdad que rezo a Nuestra Señora de los Dolores, porque así como pedí el favor del señor doctor para pasar la revisión, y así como para ganar mis veinte mil reis, imploré la benevolencia del señor diputado; igualmente para evadir la tisis, las anginas, la herida de una navaja, una cáscara de naranja resbaladiza donde pudiera romperme una pierna y otros males públicos, necesito una protección sobrehumana. Ya sea por adulación o por el incensario, el hombre prudente debe ir haciendo una serie de inteligentes adulaciones, desde la Arcadia hasta el Paraíso. Con alguna influencia en el barrio y una poderosa mística en las alturas, el destino del bachiller está asegurado.

Por eso, libre de torpes supersticiones, le dije familiarmente al individuo vestido de negro.

—¿Así que, realmente, ¿me aconseja que toque el timbre?

Él se levantó un poco el sombrero, descubriendo su frente estrecha, adornada por unas mechas crespas y negreantes como las del fabuloso Alcides, y contestó palabra por palabra:

—Este es su caso, estimado Teodoro. Veinte mil reis son una vergüenza social. Por otra parte, se dan en este globo cosas prodigiosas: hay vinos de Borgoña, como por ejemplo el *Romanée Conti* del 58 o el *Chambertin* del 61 que cuestan, cada botella, de diez a once mil reis: y quien bebe la primera copa, no dudará, para beber la segunda, en asesinar a su padre. Se producen en París y en Londres carruajes de tan suaves ruedas de tan cómodos acolchados que es preferible recorrer en ellas Campo Grande a viajar, como los antiguos dioses, por los cielos, en los suaves cojines de las nubes...

No ofenderé su cultura informándole que el mobiliario de las casas de hoy es de un estilo y de una comodidad, que son ellas las que realizan ese regalo ficticio llamado antiguamente la "bienaventuranza". No le hablaré, Teodoro, de otros placeres terrenales como, por ejemplo, el Teatro del Palacio Royal, el baile Laborde o el Café Inglés. Sólo llamaré su atención hacia este hecho: existen unos seres llamados mujeres, diferentes de aquellas muy conocidas, a las que se denomina como Hembras. Estos seres, Teodoro, en mi tiempo, en la página 3 de la Biblia, sólo vestían una hoja de parra. Hoy, Teodoro, usan toda una sinfonía, todo un ingenioso y delicado poema de encajes, batistas, satines, flores, joyas, casimires, gasas y terciopelos. ¿Comprende usted la satisfacción inenarrable que habrá, para los cinco dedos de un cristiano, al recorrer, palpar estas suaves y delicadas maravillas, pero también advierta que no es con el cambio de una moneda de veinticinco mil reis que se pagan las cuentas de estos querubines. Y ellas todavía tienen cosas mejores, Teodoro: los cabellos color de oro o color de las tinieblas, y en sus trenzas el emblema de dos grandes tentaciones humanas: el hambre del precioso metal y el conocimiento del absoluto trascendental. Y todavía tienen más: los brazos color de mármol, de una frescura de lirio con rocío, los senos sobre los que el gran Praxíteles modeló su copa, que es la línea más pura e ideal de la antigüedad. Antiguamente los senos (con la idea de ese ingenuo viejo que los formó, que hizo el mundo, y de quien una enemistad secular me impide pronunciar el nombre), estaban destinados a la nutrición augusta de la humanidad, pero tranquilícese, Teodoro, hoy ninguna mamá razonable los expone a esa función deteriorante y severa, sirven para brillar, anidados en encajes, a la luz del gas de las *soireés* y para demás usos secretos. Las conveniencias me impiden continuar esta exposición radiante de las bellezas que constituyen el fatal femenino. Por lo demás, sus pupilas ya están brillantes. Pues bien, estas cosas, Teodoro, se encuentra más allá, pero infinitamente más allá de sus veinte mil reis mensuales. Confiese, al menos, que estas palabras tienen el sello venerable de la verdad.

Yo murmuré con las mejillas encendidas:

—Sí, las tienen.

Y su voz, continuó paciente y delicada:

—¿Qué me dice de cien o ciento sesenta millones de reis? Ya sé, una bagatela. Pero en fin, son un principio del paso a la conquista de la felicidad. Ahora, considere estos hechos: El mandarín, ese mandarín en lo más ignorado de la China, decrépito y gotoso. Como hombre, como funcionario del Celeste Imperio, es más inútil en Pekín y a la humanidad que un guijarro en el hocico de un perro famélico. Pero la transformación de la Sustancia existe: se lo garantizo yo, que conozco el secreto de las cosas. Porque la tierra es como una rosa perfumada o un sabroso repollo. Matar, hijo mío, al conjunto de las formas, como a un vegetal vicioso. Bien puede ser que ese conjunto, inútil como el mandarín en el Imperio del Medio, va a ser tan inútil en la otra tierra como la rosa perfumada o el sabroso repollo. Matar, hijo mío, es casi siempre equilibrar las necesidades universales. Es eliminar, aquí, las excrecencias para que vayan más allá a suplir la falta de algo. Empápese en esta sólida filosofía. Una pobre costurera en Londres se muere por ver florecer, en su desván, una maceta llena con tierra negra; una flor consolaría a aquella desheredada; pero en la disposición de los seres, desgraciadamente en ese momento, la Sustancia que debería allá ser rosa, aquí en la Baja es un hombre de Estado. Viene entonces el fadista con la navaja abierta y hiere al estadista; el chubasco arrastra los intestinos, lo entierran con un cortejo de carruajes; la materia comienza a desorganizarse, se mezcla en la vasta evolución de los átomos, y el superfluo hombre de gobierno va a alegrar, bajo la forma de amor perfecto, el desván de la rubia costurera. ¡El asesino es un filántropo! Déjeme recapitular, Teodoro, que la muerte de ese viejo mandarín idiota trae en su bolsillo algunos millones. En esa forma puede arrojar a puntapies a los poderes públicos. Medite en la intensidad de ese placer. Desde luego aparece en las noticias, ¡admírese en ese máximo de la gloria humana! Y fíjese, es sólo tomar el timbre y hacerlo sonar. Yo no soy un bárbaro, comprendo la repugnancia que siente un *gentleman* al asesinar a un contemporáneo suyo: el salpicar de la sangre ensucia vergonzosamente los puños de su camisa y es repulsiva la agonía de un ser humano. Pero aquí ninguno de esos espectáculos torpes se da. Es como llamar a un criado. Y se trata nada menos que de cinco millones o seis, no me acuerdo, pero hago mis cálculos. Teodoro, no dude de mí. Soy un caballero. Lo probé cuando, al hacerle la guerra a un tirano, en el primer levantamiento de los justos, me vi precipitado desde alturas que usted no puede ni imaginarse. ¡Un azotón considerable, mi querido amigo! ¡Grandes disgustos! Lo que me consuela es que el *Otro* quedó también muy dañado, porque, amigo mío, cuando Jehová tiene sólo contra sí a un Satanás, sale de dificultades mandando traer una legión de arcángeles; pero cuando el enemigo es un hombre, armado con una pluma de pato y un cuaderno de papel blanco está perdido. En fin, son seis millones de reis. Vamos, Teodoro, ahí está el timbre, pórtese como hombre.

Yo sé cuanto se debe a sí mismo un cristiano. Si este personaje me hubiera llevado a la cumbre de una montaña en Palestina, en una noche de luna llena, y ahí, enseñándome ciudades, razas e imperios durmiendo, me dijera sombríamente: "Mata al mandarín y todo lo que contemplas entre valles y colinas será tuyo", yo sabría replicarle, siguiendo un ejemplo ilustre y dirigiendo el dedo hacia las profundidades consteladas diría: "¡Mi reino no es de este mundo!" Conozco a mis autores. Pero eran varios millones, ofrecidos a la luz de una vela de estearina, en la Travesía de la Concepción, por un sujeto con sombrero alto, que se apoyaba en un paraguas.

Y ya no dudé. Con la mano firme, apreté el timbre. Tal vez fue una ilusión, pero me pareció que una campana, de boca tan vasta como el mismo cielo, repicaba en la oscuridad, a través del universo, en un tono lamentoso que seguramente fue a despertar soles que dormitaban y planetas panzones que rechinaban sobre sus ejes.

El individuo se llevó la mano a los párpados, y limpiándose las lágrimas que nublaron por un momento sus ojos rutilantes murmuró:

—Pobre Ti-Chin-Fu.

—¿Murió?

—Estaba en su jardín, pacíficamente, armando, para lanzarla al aire, una cometa



de papel, como honrado pasatiempo de un mandarín retirado, cuando lo sorprendió este retin tin del timbre. Ahora yace a orillas de un arroyuelo cantarín, vestido todo de seda amarilla, muerto, boca arriba, sobre la hierba verde y en los brazos fríos tiene su cometa de papel, que parece tan muerto como él. Mañana serán los funerales. ¡Ojalá la sabiduría de Confucio, al penetrarlo ayude a emigrar a su alma! Y el sujeto, levantándose, se quitó respetuosamente el sombrero y salió con su paraguas bajo el brazo.

Entonces, cuando sentí azotarse la puerta, me pareció que salía de una pesadilla. Salté al corredor. Una voz jovial hablaba con Madame Marques y la cancela de la escalera se cerró sutilmente.

II

Pasó un mes.

Mientras tanto, me encontraba rutinario y triste e iba poniendo mi cursiva al servicio de los poderes públicos, así como admirando los domingos la eficacia con la cual doña Augusta eliminaba la caspa de Couceiro. Ahora era evidente para mí que, en esa noche, yo me había quedado dormido sobre el infolio, y había soñado con una "Tentación de la Montaña" bajo formas familiares. Pero instintivamente comencé a preocuparme por China. Me iba a leer los telegramas a la Habanesa, y lo que mi interés buscaba allí eran siempre las noticias del Imperio de Enmedio pero parece que, por esos tiempos, nada sucedía en las regiones de las razas amarillas... La Agencia Habas sólo chismorreaba acerca de Herzegovina, Bosnia, Bulgaria y otras curiosidades bárbaras.

Poco a poco me fui olvidando del episodio fantástico; y al mismo tiempo como gradualmente mi espíritu se apaciguaba, volvían de nuevo a agitarse mis antiguas ambiciones que vivían allí –un nombramiento del director general, un seno amoroso de Lola, bisteces más tiernos que los de doña Augusta. Pero tales regalos me parecían tan inaccesibles, tan nacidos de sueños como los propios millones del Mandarín. Y por el monótono desierto de la vida, por allí fue siguiendo, por allí iba marchando la monótona caravana de mis melancolías...

Un domingo de agosto, en la mañana, estirándome en la cama, en mangas de camisa, dormitaba con el cigarro apagado entre los labios, cuando la puerta rechinó despacito, y entreabriendo el párpado durmiente, vi doblegarse a mi lado una calva respetuosa. Y después, una voz perturbada murmuró:

–¿El Sr. Teodoro? ¿El Sr. Teodoro del Ministerio del Reino?

Me incorporé lentamente sobre el codo y respondí con un bostezo:

–Soy yo, caballero.

El individuo recompuso la espalda, así en la augusta presencia del rey Bobeche se doblega el cortesano. Era pequeñito, obeso, la punta de las patillas blancas le rozaba las solapas del frac de alpaca: venerables anteojos de oro brillaban en su cara cachetona, que le hacían parecer una próspera personificación del Orden, y todo él temblaba, desde su calva lustrosa hasta sus botines de piel de becerro. Carraspeó, escupió, balbució:

–¡Son noticias para su Señoría! ¡Noticias considerables! Me llamo Silvestre... *Silvestre Juliano y Compañía*. ¡Un servicial empleado de su Excelencia! Llegaron justamente a través del paquebote de Southampton... Nosotros somos corresponsales de Brito, Alves & Cía., de Macao, Corresponsales de Craig and Co. de Hong Kong. Las cartas vienen de Hong Kong.

El sujeto se sofocaba y su gorda mano agitaba temblorosa un sobre repleto, con un sello de lacre negro.

–Su excelencia –prosiguió– seguramente estaba prevenido... Quienes no lo estábamos éramos nosotros. Los atropellamientos son naturales. Lo que esperamos es que su Excelencia nos siga teniendo benevolencia. Nosotros siempre hemos respetado el carácter de su Excelencia. ¡Su Excelencia es en esta tierra una flor de virtud, y espejo de los buenos! ¡Aquí tiene los primeros cheques sobre Bhering & Brothers de Londres. Letras a treinta días sobre Rothschild!

Ante ese nombre, sonante como el oro mismo, salté vorazmente del lecho:

–¿Qué es eso, señor?– grité.

Y él, gritando todavía más, blandiendo el sobre, elevándose completamente sobre el pico de sus botines:

–¡Son dieciséis millones, señor! ¡Dieciséis millones sobre Londres, París, Hamburgo y Amsterdam, sacados a su favor, señor! ¡A su favor, excelentísimo señor! Por las casas de Hong Kong de Shangai y de Cantón, de la herencia depositada por el Mandarín Ti-Chin-Fu!

Sentí temblar la tierra bajo mis pies y cerré por un momento los ojos. Pero comprendí, en un relámpago, que yo era, desde esa hora, casi una encarnación de lo sobrenatural, recibiendo de ella mi fuerza y poseyendo sus atributos. No podía conducirme como un hombre, ni desatarme en expansiones humanas. Y hasta para no deshacerme en líneas hieráticas, me abstuve de ir a sollozar, como me pedía el alma, sobre el amplio seno de Madame Marques...



De ahí en adelante me correspondía la impasibilidad de un dios, o de un demonio, me metí con naturalidad en mis pantalones y dije a Silvestre, Juliano & Cía. estas palabras:

–¡Está bien! El Mandarín... ese Mandarín que dice, ¡se portó como un caballerito! Sé de qué se trata. Es un asunto de familia. Deje ahí los papeles. Buenos días.

Silvestre, Juliano & Cía. se retiró, de espaldas dobladas y la frente hacia el suelo.

Entonces, yo me dirigí a abrir, a todo lo ancho, la ventana, y echando hacia atrás la cabeza, respiré el aire cálido, consoladoramente como una corza cansada...

Después miré para abajo, hacia la calle, donde toda una burguesía se deslizaba en una beata salida de misa, entre dos filas de carros. Fijé aquí y allí, inconscientemente, algunos moños, algunos metales brillantes de sus arreos. Y de pronto me vino esta idea, esta triunfante seguridad, que todos aquellos carruajes los podía yo tomar en su hora y en su año. ¡Qué ninguna de las mujeres que veía podía dejarme de ofrecer su seno desnudo en una vista de mi espejo! ¡Que todos esos hombres endomingados se iban a postrar ante mí como ante un Cristo, un Mahoma o un Buda, si yo les sacudía ante su cara dieciséis millones en las plazas de Europa!

Me apoyé en mi balcón y reí con tedio viendo la efímera agitación de aquella humanidad subalterna, que se consideraba libre y fuerte, mientras que por arriba, en un balcón del cuarto piso, yo tenía en la mano, en un sobre lacrado de negro, el principio mismo de su flaqueza y de su esclavitud. Entonces, satisfecho del lujo, de los regalos del amor y de orgullo del poder, gocé de todo, a través de la imaginación, en un instante y de un sólo sorbo. Pero después, una gran saciedad me fue invadiendo el alma, y sintiendo el mundo a mis pies, bostecé como un león harto. ¿En fin, de qué me iban a servir tantos millones sino para traerme, día a día, la desoladora afirmación de la vileza humana? Y así mismo, al impacto de tanto oro, iba a desaparecer ante mis ojos, como humo, la belleza moral del universo! Me dominó una tristeza mística. Me dejé caer sobre una silla y con la cara entre las manos, lloré abundantemente.

Poco después, Madame Marques abrió su puerta, toda vistosa en sus sedas negras.

–¡Los estamos esperando para comer, alfeñique!

Emergí de mi amargura para responderle secamente:

–¡No como!

–¡Pero escuche!

En esos momentos estallaban los cohetes a lo lejos. Me acordé que era domingo, día de toros, de repente una visión me deslumbró, flameó atrayéndome deliciosamente, era la corrida observada desde un apartado; después de comer con champaña, en la noche la orgía, como una iniciación. Corrí a la mesa. Repleté mis bolsillos con bonos sobre Londres. Bajé a la calle con un furor de buitre hendiendo el aire al atacar la presa. Una calesa pasaba vacía. La detuve gritando:

–¡A los toros!

–Son doce tostones, amo mío.

Encaré con repulsión a aquel sucio pedazo de materia organizada, ¡que le hablaba de placas de plata a un coloso de oro! Metí mi mano en el bol-

sillo atestado de millones y saqué mi metal: ¡tenía setecientos y veinte!

El cochero azotó las ancas de su yegua y siguió murmurando. Yo balbucí:

—¡Pero... tengo letras... Aquí están! ¡Son sobre Londres, sobre Hamburgo!

—¡No me sirven!

¡Setecientos y veinte! Y los toros, la comida de lores, andaluzas desnudas, todos esos sueños expiraron. Como una burbuja de jabón que toca la punta de un clavo.

Odié a la humanidad, aborrecí el número. Otro carruaje, lanzado al trote, con gente apiñada en fiesta, casi me atropelló en aquella abstracción en la que yo me había quedado con mis setecientos y veinte en la palma de mi sudada mano.

Cabizbajo, abrumado con los millones sobre Rothschild, volví a mi cuarto piso, me le humillé a Madame Marques, acepté su bistec duro, y pasé mi primera noche de riquezas bostezando en mi lecho solitario, mientras afuera el alegre Couceiro, el mezquino teniente con quince mil reis de sueldo, reía con doña Augusta, rasgueando en la Guitarra el *Fado da Esguía*.

Fue sólo hasta la mañana siguiente, al hacerme la barba, cuando reflexioné sobre el origen de mis millones. Era evidentemente sobrenatural y sospechoso.

Pero como mi racionalismo me impedía atribuir este tesoro previsto a la generosidad caprichosa de Dios o del Diablo, ficciones puramente escolásticas, como los fragmentos de positivismo que constituyen el fondo de mi filosofía, no me permitían la indignación de las causas primarias, de los orígenes especiales, muy de prisa me decidí a aceptar secamente este fenómeno y a utilizarlo con largueza. Por lo que me dirigí rápidamente al London and Brazilian Bank.

Ahí, arrojé por arriba de una ventanilla un papel sobre el Banco de Inglaterra por quince mil libras, y arriesgué esta exquisita palabra:

—¡Oro!

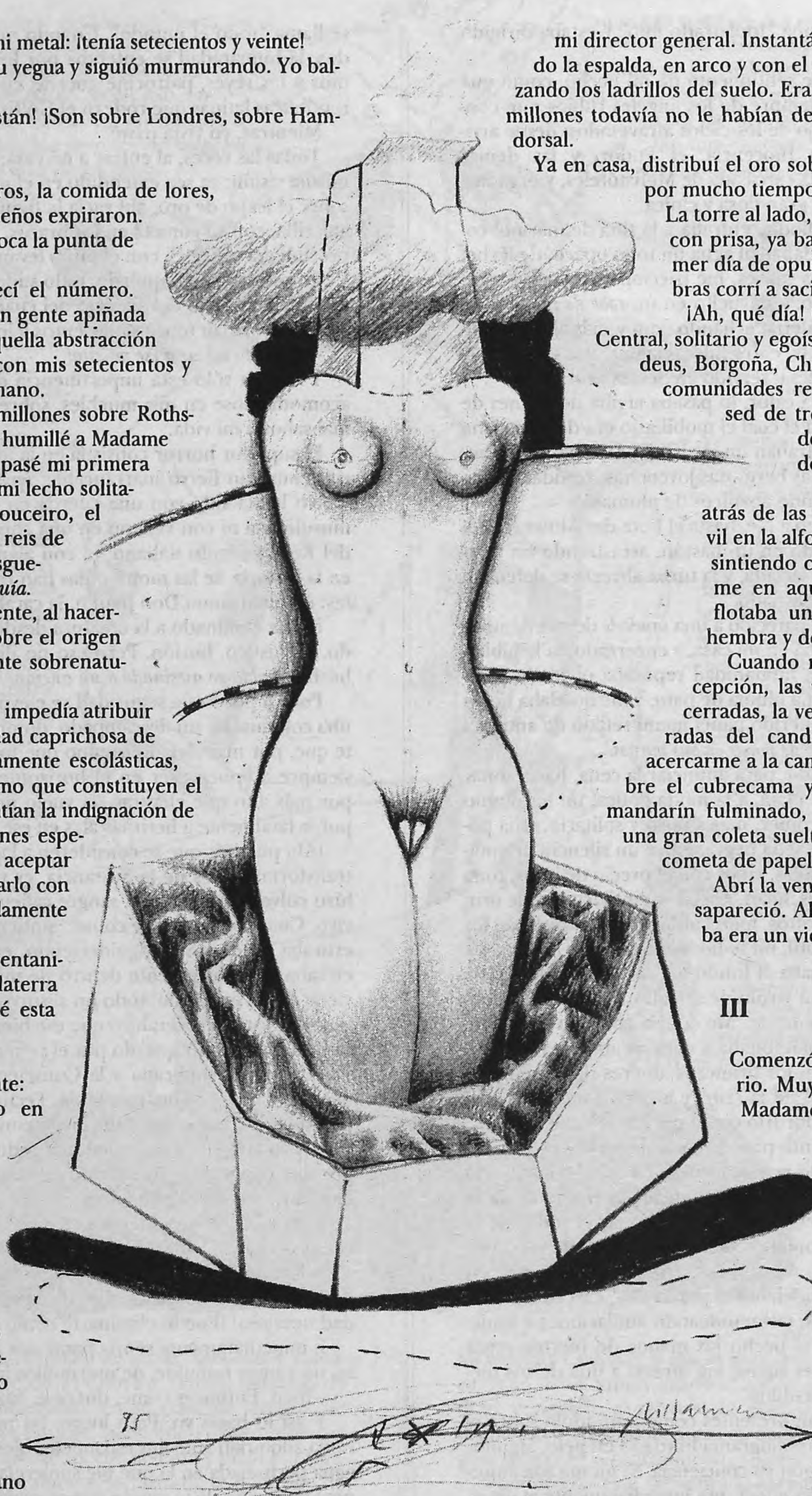
Un cajero me sugirió dulcemente:

—Tal vez fuera más cómodo en billetes.

Repetí secamente:

—¡Oro!

Me llené los bolsillos, despacio, a puñados. Y ya en la calle, cargado, me deslicé en un coche. Me sentí gordo, obeso; tenía en la boca un sabor de oro, una resequedad de polvo de oro en la piel y en las manos; las paredes de la casa parecían brillar como amplias hojas de oro; y dentro del cerebro iban como un rumor sordo donde tintineaban los metales, con el movimiento de un océano que en sus olas llevara barras de oro.



Me entregué a la oscilación de las mulas, brincando como un odre apenas sujeto, que dejaba caer en la calle, sobre la gente la mirada turbia y aburrida del ser hartado. En fin, colocándome el sombrero en la nuca, estirando las piernas y empinando el vientre, estallé fuertemente en una flatulencia de rico.

Mucho tiempo anduve así por la ciudad, bestializado por un gozo de nabab. Súbitamente un apetito de gastar, de disipar el oro, me vino a hinchar el pecho con un golpe de aire que llena una vela.

—¡Detente, animal!— Berreé al cochero.

Las bestias se detuvieron. Busqué a mi derredor, con los párpados medio abiertos, algo caro que comprar: las joyas de la reina o la conciencia de un estadista. Nada vi. Me precipité entonces a un estanco.

—¡Puros! ¡Caros o muy caros!

—¿Cuántos? —preguntó servilmente el hombre.

—¡Todos! —contesté con brutalidad.

En la puerta, una pobre mujer de luto, con su hijo recogido en el seno, extendió su mano transparente. Me molestaba buscar cambio de cobre, entre los puñados de oro. La rechacé impaciente; y con el sombrero cubriéndome la cara enfrenté a la turba fríamente.

Fue entonces cuando divisé, adelantándose, el cuerpo poderoso de mi director general. Instantáneamente me encontré doblando la espalda, en arco y con el sombrero haciendo saludos, rozando los ladrillos del suelo. Era mi hábito de dependencia. Mis millones todavía no le habían devuelto verticalidad a mi espina dorsal.

Ya en casa, distribuí el oro sobre mi lecho y rodé por encima por mucho tiempo, gruñendo con un sordo gozo. La torre al lado, dio las tres de las horas y el sol, con prisa, ya bajaba llevándose consigo mi primer día de opulencia. Entonces, ¡cargado de libras corrí a saciarme!

¡Ah, qué día! Comí en un apartado del Hotel Central, solitario y egoísta, con la mesa cubierta de Burdeus, Borgoña, Champaña, Reno, licores de todas comunidades religiosas, como para matar una sed de treinta años! Pero sólo me harté de Colares. ¡Después, tambaleándome me arrastré al lupanar!

¡Qué noche! La alborada clareó atrás de las persianas y me encontré inmóvil en la alfombra, exhausto y semidesnudo, sintiendo cuerpo y alma desvaneciéndoseme en aquel ambiente sofocante donde flotaba un olor de polvos de arroz, de hembra y de alcohol...

Cuando regresé a la travesía de la Concepción, las ventanas de mi cuarto estaban cerradas, la vela mortecina, con lívidas llamaradas del candelabro de latón. Entonces, al acercarme a la cama vi esto: tendida de través, sobre el cubrecama yacía una figura rechoncha de mandarín fulminado, vestida de seda amarilla, con una gran coleta suelta y, entre los brazos, tenía una cometa de papel.

Abrí la venta con desesperación. Todo desapareció. Ahora, sobre la cama lo que estaba era un viejo chaquetón blancuzco.

III

Comenzó entonces mi vida de millonario. Muy de prisa abandoné la casa de Madame Marques que, desde que me sabía rico, me regalaba todos los días con arroz dulce, y ella misma me servía, con su vestido de seda de los domingos. Compré y habité un palacete amarillo en Loreto, las magnificencias de mi instalación son muy conocidas por los indiscretos grabados de la *Ilustración Francesa*. Se volvió famoso en Europa mi lecho, que era de un gusto exuberante y bárbaro, con una barra recubierta con hojas de oro labrado y cortinados de un raro brocado negro en el que ondean bordados de perlas, versos eróticos de Catulo, una lámpara suspendida en el interior, derrama allí la claridad láctea y amorosa del claro de luna de verano.

Mis primeros meses de rico, no lo oculto, los pasé amando y amando con el sincero latido del corazón de un paje sin experiencia. Le había visto como en una página de cuento, regando sus claveles en el balcón. Se llamaba Cándida. Era pequeña y rubia, vivía por el rumbo de Buenos Aires, en una casita cubierta por hiedras, y me recordaba por su gracia y por lo airoso de la cinta del pelo, todo lo que el arte ha creado de más delicado y frágil: Mimí, Virginia y Joaquina, la del Valle de Santarém.

Todas las noches yo caía en un éxtasis de místico, a sus pies color jaspe. Todas las mañanas frotaba su regazo con billetes de veinte mil reis. Ella los rechazaba primero con rubor, después los guardaba en un cajón, llamándome su ángel Totó.

Un día en que me introduje con pasos sutiles, por sobre la espesa alfombra siria, hasta su *budoir*, ella se encontraba escribiendo, muy concentrada con el dedo en el aire. Al verme, toda trémula, toda pálida, ocultó el papel que tenía su monograma. Yo se lo arrebaté, con insensatos celos. Era la carta, la carta que desde la más remota antigüedad es-

cribe la mujer siempre. Comenzaba "Idolatrado mío" y estaba dirigido a un alférez de las cercanías.

Arranqué inmediatamente ese sentimiento de mi pecho, como una planta venenosa. Descreí para siempre de los ángeles rubios que conservan en su azul mirada el reflejo de los cielos atravesados; desde arriba de mi oro dejé caer a la Inocencia, el Pudor, y las demás idealizaciones funestas, oí la ácida carcajada de Mefistófeles, y organicé fríamente una existencia animal, grandiosa y cínica.

Ante las campanadas del mediodía, entraba a la tina de mármol color de rosa, donde los perfumes daban al agua un tono opaco, de leche, Después, tiernos pajes, de manos suaves, me friccionaban con el ceremonial de quien celebra un culto: y envuelto en un *robe de chambre* de seda de la India, a través de la galería, echando aquí y más allá una mirada a mis Fortunys y a mis Corots, entre hileras silenciosas de lacayos, me dirigía hacia el bistec a la inglesa, servido en Sévres azul y oro.

El resto de la mañana, si hacía calor, lo pasaba arriba de cojines de satín color perla, en un *budoir*, en el cual el mobiliario era de porcelana fina de Dresde y las flores organizaban un jardín de Armida. Allí saboreaba el *Diario de Noticias*, mientras hermosas jovencitas, vestidas a la japonesa, refrescaban el aire, agitando abanicos de plumas.

Por la tarde salía a dar un paseo a pie, hasta el Pote das Almas. Era la hora más pesada del día. Apoyado en un bastón, arrastrando las piernas flojas, daba bostezos de fiera saciada, y la turba abyecta se detenía a contemplar, en éxtasis, al nabab hastiado.

En ocasiones, me asaltaba algo parecido a una *saudade* de mis tiempos de trabajo en la secretaría. Entraba en mi casa, y encerrado en la biblioteca donde el Pensamiento de la humanidad reposaba olvidado y encuadernado en piel, empuñaba una pluma de pato, y me quedaba horas anotando sobre las hojas de mi querido papel membretado de antiguo:

Ilmo. y Exmo. Sr.: Tengo el honor de poner en sus manos.

Al comenzar la noche, un criado, para anunciar la cena, hacía sonar por los corredores en su tuba de plata, a la moda gótica, un harmonio solemne. Yo me levantaba para comer, majestuoso y solitario. Una población de lacayos, con libreas de seda negra, entre un silencio de sombras que se deslizan las raras vituallas, vinos con el precio de joyas; toda la mesa era un esplendor de flores, luces, cristales, cintilaciones de oro: y envuelto por las pirámides de frutos, mezclándose con el vapor de los platos, erraba como una niebla sutil, un tedio inenarrable...

Después, apoplético, me arrojaba al fondo del *coupé*, y allí iba hacia *Janelas Verdes*, donde nutría, en un jardín de serrallo, entre refinamientos musulmanes, un vivero de hembras. Me cubría con una túnica de seda fresca y perfumada, y me abandonaba a delirios abominables. Me regresaban semimuerto a casa, en los primeros albores de la mañana. Me hacía maquinalmente la señal de la cruz, y a poco roncaba con el vientre al aire, lívido y con un sudor frío como un Tiberio exhausto.

Mientras, Lisboa se arrojaba a mis pies. El patio de mi palacete se encontraba constantemente invadido por una turba. La miraba fastidiado desde las ventanas de mi galería, la veía blanquear las pecheras de la Aristocracia, negrear la sotana del Clero, y hacer brillar el sudor de la Plebe. Todos venían a suplicar, con abyecta boca, el honor de mi sonrisa y una participación de mi oro. A veces consentía en recibir a algún viejo con títulos históricos; él se adelantaba por la sala, casi rozando la alfombra con sus cabellos blancos, tartamudeando adulaciones e inmediatamente, empalmando sobre el pecho las manos de fuertes venas por las cuales corría sangre de tres siglos, me ofrecía a una de sus bienamadas hijas como esposa o concubina.

Todos los ciudadanos me traían presentes como a un ídolo sobre el altar, unos odas votivas, otros un monograma bordado en pelo, algunos chinelas, o boquillas, cada uno según su conciencia. Si mi mirada amortiguada se detenía, por azar, en una mujer, era inmediatamente al día siguiente en que en una carta, en la que la creatura, esposa o prostituta, me ofrecía su desnudez o su amor, todas las complacencias de la lascivia.

Los periodistas espoleaban su imaginación para encontrar los objetivos dignos de mi grandeza; fui el sublime Sr. Teodoro, llegué a ser el celestial Sr. Teodoro. Entonces, desaforado, el Diario local me llamó el extracelestial Sr. Teodoro. Ante mí ninguna cabeza llegó a quedar cubierta, o a usar corona o gorro alguno. Todos los días me ofrecían una presidencia de Ministerio o la dirección de una cofradía. Todo lo rechacé siempre, con asco.

Poco a poco el rumor de mis riquezas fue superando los confines de la monarquía. *El Fígaro*, cortesano, en cada número habló de mí prefiriéndome a Enrique v. El grotesco inmortal que firmaba "Saint Genest" me dirigió apóstrofes convulsivos, pidiéndome que salvara a Francia. Y fue entonces cuando las *Ilustraciones* extranjeras publicaron, a colores, las escenas de mi vivir. Recibí de todas las princesas de Europa, sobres con sellos heráldicos, exponiéndome, a través de fotografías, a través de documentos, las formas de sus cuerpos y la antigüedad de sus genealogías. Dos chascarrillos que solté en ese año fueron transmitidos al universo por los hilos de la Agencia Habas, y fui considerado más espiritual que Voltaire, que Rochefort, y que esa delicada comprensión que se llama "todo el mundo". Cuando mi intestino se aliviaba con estallidos, la humanidad se enteraba por los periódicos. Les concedí préstamos a los reyes, patrociné guerras civiles, y fui estafado por todas las repúblicas latinas que rodean el Golfo de México.

Mientras, yo vivía triste.

Todas las veces, al entrar a mi casa, me detenía, horrorizado, ante la misma visión: ya sea extendido en el umbral de mi puerta o atravesado sobre el lecho de oro, ahí yacía la figura gorda, de coleta negra y túnica amarilla, con su cometa en los brazos. ¡Era el mandarín Ti-Chin-Fu! Me precipitaba sobre él, con el puño levantado, y todo se disipaba.

Entonces caía aniquilado, todo sudoroso, sobre una poltrona, y murmuraba en medio del silencio del cuarto, donde las velas de los candelabros arrojaban tonos sangrientos a los damascos rojos:

—¡Necesito matar a ese muerto!

Y no era sólo esta impertinencia de un viejo fantasma rechoncho, acomodándose en mis muebles, sobre mis colchas, la que le daba más mal sabor a mi vida.

El superior horror consistía en la idea, que se me clavaba en el espíritu como un fierro inarrancable: *¡que yo había asesinado a un anciano!*

No había sido con una cuerda en la garganta, según la costumbre musulmana ni con veneno en una copa de vino de Siracusa, a la moda del Renacimiento italiano; ni con alguno de los métodos clásicos, que en la historia de las monarquías han recibido las consagraciones augustas: el puñal como Don Juan II, la carabina como Carlos IX...

Había eliminado a la creatura desde lejos, con un timbre. Era absurdo, fantástico, burlón. Pero eso no disminuía la trágica oscuridad del hecho: *¡había yo asesinado a un anciano!*

Poco a poco esta seguridad se elevó, se petrificó en mi alma, y como una columna en un descampado, dominó toda mi vida interior. De suerte que, por más alejado camino que tomaran, mis pensamientos venían siempre a ennegrecer en el horizonte con aquella memoria acusante; por más alto que elevaran su vuelo mis imaginaciones, ellas concluían por ir fatalmente a herir las alas en ese momento de miseria moral!

¡Ah! por más que se consideren a la Vida y a la Muerte como banales transformaciones de la Sustancia, es pavoroso el pensamiento, que se hizo volver a helar a una sangre caliente, que inmovilizó a un músculo vivo. Cuando, después e comer, sintiendo al lado el aroma del café, me estiraba en el sofá, languideciendo, en una sensación de plenitud, se elevaba inmediatamente dentro de mí, melancólico como el coro que viene de un ergástulo, todo un susurro de acusaciones:

—¡Y fuiste tú quien hizo que ese bienestar con el que te regalas, nunca más pudiera ser gozado por el venerable Ti-Chin-Fu!

En vano le suplicaba a la Consciencia, recordándole la decrepitud del Mandarín, su gota incurable. Fecunda en argumentos, golosa en la controversia, ella contestaba luego con furor:

—Pero aun en su actividad más reducida, la vida es el bien supremo, por que el encanto suyo reside en su propio principio y no en la abundancia de sus manifestaciones.

Y yo volvía contra mí esa pedantería retórica de pedagogo rígido, levantaba alta la frente y le gritaba con desesperada arrogancia:

—¡Está bien! ¡Lo maté! ¿Qué quieres tú? ¡Tu nombre impresionante de Consciencia no me asusta! ¡Eres sólo una perversión de la sensibilidad nerviosa! ¡Puedo eliminarte como a una flor de azahar!

E inmediatamente sentía pasar por mi alma, con una lentitud de brisa, un rumor humilde, de murmullos irónicos:

—Bien. Entonces come, duerme, báñate y ama...

Y así lo hacía yo. Pero luego, las propias sábanas de bretaña de mi cama adquirían ante mis espantados ojos los tonos lívidos de la mortaja; el agua perfumada en la que me sumergía se enfriaba en mi piel, con la espesa sensación de la sangre que se cuaja: y los pechos de mis amantes me entristecían, como lápidas de mármol que encierran un cuerpo muerto.

Después, me asaltó una amargura más grande: empecé a pensar que Ti-Chin-Fu tenía seguro entre una vasta familia, nietos, bisnietos tiernos, que, despojados de la herencia que yo me comía hasta hartarme en platos de Sévres, en una pompa de sultán perdulario, iban atravesando en China todos los infiernos tradicionales de la miseria humana; los días sin arroz, el cuerpo sin protección, la limosna rechazada, la calle lodosa como habitación.

Comprendí entonces por qué me perseguía la figura obesa del viejo letrado; y de sus labios cubiertos por los largos pelos blancos de su bigote de sombra, me parecía que brotaba ahora esta acusación desolada: "Yo no me lamento por mí, forma medio muerta que era; lloro por los tristes a quienes arruinaste, y que, a estas horas, cuando tu regresas del seno fresco de tus amantes, gimen de hambre, se hielan en la frialdad, apiñados en un grupo que expira, entre leprosos y ladrones, en el Puente de los Mendigos, junto a los Terrazos del Templo del Cielo!"

¡Oh, tortura ingeniosa! ¡Tortura realmente china! No podía llevar a mi boca un pedazo de pan sin imaginar inmediatamente la banda hambrienta de niños, la descendencia de Ti-Chin-Fu, penando como pajaritos implumes que en vano abren el pico y pían en un nido abandonado. Me

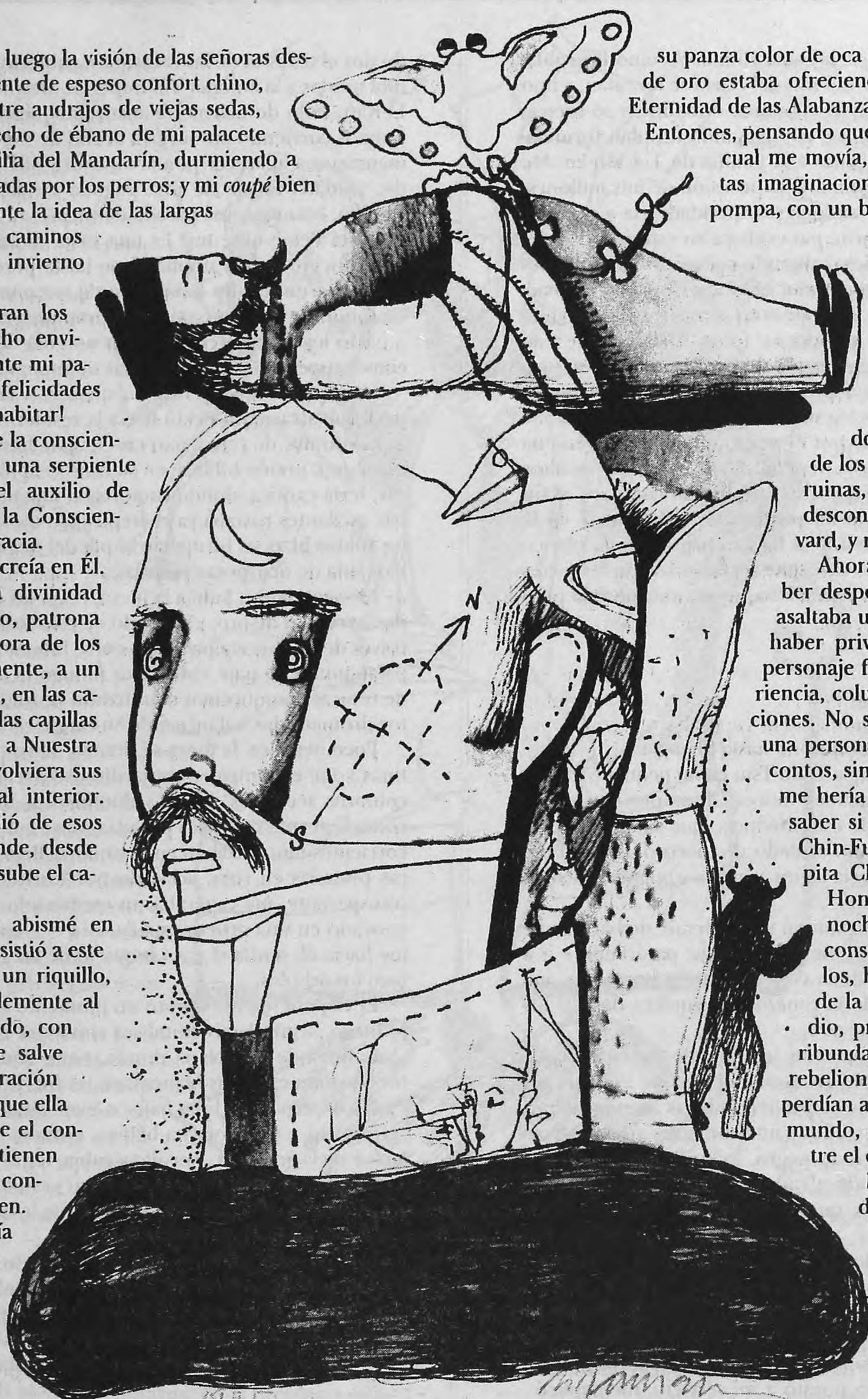
ahogaba en mi chaqueta, era luego la visión de las señoras desgraciadas, todavía antiguamente de espeso confort chino, hoy moradas por el frío, entre andrajos de viejas sedas, en una mañana nevada. El techo de ébano de mi palacete me hacía recordar a la familia del Mandarín, durmiendo a orillas de los canales, olisqueadas por los perros; y mi *coupé* bien herrado me hacía temblar ante la idea de las largas caminatas errantes por los caminos encharcados, bajo el duro invierno asiático.

¡Lo que yo sufría! Y eran los tiempos en que el populacho envidioso venía a asombrarse ante mi palacete, comentando las felicidades imaginarias que allí debían habitar!

En fin, reconociendo que la consciencia era dentro de mí como una serpiente irritada, decidí implorar el auxilio de aquel que dicen superior a la Consciencia, porque dispone de la Gracia.

Desgraciadamente yo no creía en Él. Recurrí pues a mi antigua divinidad particular, a mi dilecto ídolo, patrona de mi familia, Nuestra Señora de los Dolores. Y, pagando regiamente, a un pueblo de curas y canónigos, en las catedrales de las ciudades, en las capillas de los pueblos, fui pidiendo a Nuestra Señora de los Dolores que volviera sus piadosos ojos hacia mi mal interior. Pero ningún alivio descendió de esos cielos inclementes hacia donde, desde hace miles de años en vano sube el calor de la miseria humana.

Entonces yo mismo me abismé en prácticas piadosas, y Lisboa asistió a este espectáculo extraordinario: un riquillo, un nabab, postrado humildemente al pie de los altares, balbuciendo, con las manos juntas, frases de salve reina, como si estuviera en oración y en el Reino de los Cielos, que ella conquista, otra cosa más que el consuelo ficticio que quienes lo tienen todo inventaron para tener contentos a quienes nada tienen. Yo pertenezco a la burguesía y sé que si se le muestra a la plebe desprovista de un Paraíso distante, gozos inefables por alcanzar, es para alejar su atención de sus cofres rellenos y de la abundancia de sus cosechas.



Después, más inquieto, hice decir miles de misas, sencillas y cantadas, para satisfacer el alma errante de Ti-Chin-Fu. ¡Pueril desvarío de mi cerebro peninsular! El viejo Mandarín, en su clase de letrado, de miembro de la Academia de los Han-Lin, probable colaborador del gran tratado *Khu Tuane-Chu,* que ya cuenta con setenta y ocho mil setecientos treinta volúmenes, era seguramente sectario de la doctrina, de la moral positiva de Confucio. Nunca siquiera él había quemado tiras perfumadas en honor de Buda: y los ceremoniales del sacrificio místico debían parecerle a su abominable alma de gramático y de escéptico algo parecido a las pantomimas de los payasos en el teatro de Hong-Tung.

Entonces los astutos prelados, con experiencia católica, me dieron un consejo sutil: captar la benevolencia de Nuestra Señora de los Dolores con presentes, flores, brocados y joyas, como si deseara alcanzar los favores de Aspasia: y a la manera de un gordo banquero, que se gana las complacencias de una bailarina dándole un *cottage* entre los árboles, yo, por una sugerencia sacerdotal, intenté tentar a la dulce Madre de los Hombres, levantándole una catedral toda de mármol blanco. La abundancia de las flores creaba entre los pilares labrados, verdaderas perspectivas de paraísos; la multiplicidad de las iluminaciones recordaba una magnificencia sideral. ¡Vanos gastos! El delicado y educado cardenal Nani vino de Roma a consagrar la catedral; pero cuando en ese día yo entré a visitar a mi divina huésped lo que vi, más allá de las calvas de los celebrantes, entre la mística niebla de los inciensos no fue a la Reina de la Gracia, rubia, en su túnica azul, fue al viejo canalla con su ojo oblicuo y su cometa en los brazos. Era a *él,* a su blanco bigote de tártaro, a su panza color de oca que todo un sacerdocio recamado de oro estaba ofreciendo, con el roncar del órgano, la Eternidad de las Alabanzas.

Entonces, pensando que Lisboa, el medio durmiente en el cual me movía, era favorable al desarrollo de estas imaginaciones, partí, viajé sobriamente, sin pompa, con un baúl y un lacayo.

Visité, en el orden clásico, París, la banal Suiza. Londres, los lagos taciturnos de Escocia. Levanté mi tienda ante las murallas evangélicas de Jerusalem. Y de Alejandría a Tebas fui a todo lo ancho desde el lejano Egipto monumental y triste como el corredor de un mausoleo. Conocí el asco de los paquebotes, y la monotonía de las ruinas, la melancolía de las multitudes desconocidas, las desilusiones del bulevard, y mi mal interior iba creciendo.

Ahora ya no era sólo la amargura de haber despojado a una familia venerable: me asaltaba un remordimiento más vasto, el de haber privado a toda una sociedad de un personaje fundamental, un letrado con experiencia, columna del Orden, estero de instituciones. No se puede arrancar así a un Estado una personalidad del valor de ciento seis mil contos, sin perturbar su equilibrio. Esta idea me hería acerbamente. Estaba ansioso por saber si de verdad la desaparición de Ti-Chin-Fu había sido funesta para la decrépita China; leí todos los periódicos de Hong Kong y de Shangai, velé por las noches sobre las historias de viajes, consulté a sabios misioneros, y artículos, hombres, libros, todo me hablaba de la decadencia del Imperio de Enmedio, provincias arruinadas, ciudades moribundas, pueblos hambrientos, pestes y rebeliones, templos cayéndose, leyes que perdían autoridad, la descomposición de un mundo, como una nave encallada que entre el oleaje se deshace tabla a tabla.

¡Y yo me atribuía estas desgracias de la sociedad china! En mi espíritu enfermo Ti-Chin-Fu había adquirido el valor desproporcionado de un César, de un Moisés, uno de esos seres providenciales que son la fuerza de una raza. Yo lo había matado; y con él había desaparecido la vitalidad de su patria. Su vasto cerebro podría tal vez haber salvado, a rasgos geniales, a aquella vieja monarquía asiática, ¡y yo había inmovilizado la acción creadora! Su fortuna hubiera podido concurrir a rehacer la grandeza del Erario ¡y yo la estaba disipando ofreciéndole higos en enero a las mesalinas del Helder! ¡Amigos, conocí el remordimiento colosal de haber arruinado un imperio!

Para olvidar este complicado tormento, me entregué a la orgía. Me instalé en un palacete de la Avenida de los Campos Elíseos, y fui funesto. Ofrecí fiestas a la Trimalción. Y en las horas más abruptas de la furia libertina, cuando de las charangas en la estridencia brutal de los cobres, rompían los cancanes, cuando las prostitutas con los pechos sueltos entonaban coplas desvergonzadas, cuando mis invitados bohemios, ateos de cervecería, injuriaban a Dios, con la copa de champaña levantada, yo poseído súbitamente como Heliogábalo por un furor de bestialidad, por un odio contra lo Pensante y lo Consciente, me arrojaba al suelo en cuatro patas y rebuznaba como un burro.

Después quise descender más, abajo, al libertinaje del pueblo, a las torpezas alcohólicas del *Assommoir,* y cuántas veces, vestido con la camisola, con el casco hasta la nuca, tomado del brazo con *Mes-Botteso Bibi-La Gaillarde,* en un tropel ebrio, fui trastabillando por los bulevares exteriores aullando, repeluznos:

Allons, enfants de la patrie-e-e!
Le jour de gloire est arrivé.

Fue una mañana, después de estos excesos, a la hora en que entre las tinieblas del alma del libertino se levanta una vaga aurora espiritual, que

me nació, de repente, la idea de partir hacia China. Y como los soldados en el campamento dormido, que al son del clarín se levantan, y uno a uno se van juntando y formando la columna, otras ideas se fueron reuniendo en mi espíritu, alineándose, completando un plan formidable. Iba a partir para Pekín, descubriría a la familia de Ti-Chin-Fu. Me casaría con una de sus mujeres, legitimaría la posesión de mis millones; iba a dar a aquella casa letrada su antigua prosperidad; iría a celebrar los funerales pomposos del Mandarín, para calmar su espíritu irritado. Andaría por las provincias miserables realizando colosales distribuciones de arroz, y una vez obtenido del emperador el botón de cristal de mandarín, acceso fácil para un bachiller, iba a sustituir mi personalidad por la del desaparecido Ti-Chin-Fu, e iba a poder así restituir legalmente a su patria, si no la autoridad de su saber, cuando menos la fuerza de su oro.

A veces todo eso me parecía un programa indefinido, neblinoso, pueril e idealista. Pero ya el deseo de esta aventura original y épica me había envuelto. Y yo iba, arrebatado por él, como una hoja seca en una tormenta. Anhelé, suspiré por pisar la tierra de China. Después de altos preparativos, apresurados con puñados de oro, una noche partí al fin para Marsella. Había alquilado todo un paquebote, el Ceilán. Y en la mañana siguiente a través de un mar azul férreo, bajo el vuelo blanco de las gaviotas, cuando los primeros rayos del sol ruborizaban las torres de Nuestra Señora de la Guarda, sobre sus rocas oscuras, puse la proa al Oriente.

IV

El Ceilán tuvo un viaje calmado y monótono hasta Shangai.

De ahí ascendimos por el Río Azul a Tuen-Tsin en un pequeño *steamer* de la Compañía Russell. Yo no venía a conocer China por curiosidad ociosa de turista. Todo el paisaje de esa provincia, que se asemejaba a las macetas de porcelana, de un tono azulado y vaporoso, con colinas calvas y de cuando en cuando aparecía algún arbusto arbolado, me dejó sombríamente indiferente.

Cuando el capitán del *steamer*, un yanqui imprudente, de barbilla de chivo, al pasar a la altura de Nankin, me propuso que paráramos e ir a recorrer las ruinas monumentales de la vieja ciudad de porcelana, me rehusé con un movimiento seco de la cabeza, sin siquiera desviar los ojos tristes de la corriente lodosa del río.

Qué pesados y saturnales me parecen los días de navegación de Tien-Tsin a Tung Chu, en barcos chatos donde el olor de los remeros chinos apestaba. Unas veces a través de las tierras bajas inundadas por el Pei-Hó, otras veces a lo largo de pálidos e interminables arrozales; pasando aquí un lúgubre pueblo de lodo negro, más allá un campo cubierto de esquifes amarillos, topando a cada momento con cadáveres de mendigos, hinchados y verdosos, que bajaban al filo del agua, bajo un cielo oscuro y bajo.

En Tung-Chu quedé sorprendido, al descubrir a una escolta de cosacos que andaba a mi encuentro el viejo general Camilloff, heroico oficial de las Campañas del Asia Central, y entonces embajador de Rusia en Pekín.

Yo le había sido recomendado como un ser necesario y raro: y el verboso intérprete Sá-Tó, que él había puesto a mi servicio, me explicó que las cartas con sello imperial, avisándole de mi llegada, las había recibido él hacía semanas, por los correos de Cancillería que habían atravesado Siberia en trineo, había bajado en lomo de camello hasta la Gran Muralla tártara, y entregada ahí la maleta a esos corredores mongoles, vestidos con cuero escarlata, que día y noche galopan sobre Pekín.

Camilloff me enviaba un pony de Manchuria, enjaezado en seda y una tarjeta de presentación, con estas palabras, escritas con lápiz bajo su nombre "¡Salud! El animal es suave de boca!"

Monté el pony y ante un hurra de los cosacos, entre una agitación de lanzas, partimos en desfile por la polvorosa planicie, porque ya la tarde declinaba y las puertas de Pekín se cerraban apenas el último rayo del sol dejaba las torres del Templo del Cielo. Al principio seguimos por una carretera, camino golpeado por el tránsito de las caravanas, cubierto por enormes placas de mármol unidas a la antigua Vía Imperial. Después pasamos el puente de Pa-Li-Kao, todo de mármol blanco, flanqueado por dragones arrogantes. Fuimos corriendo entonces a orillas de los canales de aguas negras: comenzaron a aparecer pomares, aquí y allá alguna aldea de color azulado, anidada al pie de una pagoda de repente, en algún recodo del camino, hacemos una parada de sorpresa.

¿Está Pekín ante mí? Es una vasta muralla, monumental y bárbara, de un negro vacío, ampliándose hasta perderse de vista, y destacando entre la arquitectura babilónica de sus puertas de techos curvos, sobre un fondo de poniente púrpura ensangrentada.

A lo lejos, hacia el norte, en una ola de vapor morado, se mezclan como suspendidas en el aire, las montañas de Mongolia.

Una espléndida litera me esperaba a la puerta de Tung-Tsen-Men, para que atravesara Pekín hasta la residencia militar de Camilloff. Ahora la Muralla, de cerca, parecía elevarse hasta los cielos con el horror de una construcción bíblica; en su base se apiñaba una confusión de barracas, feria exótica, donde rumoreaba una multitud, y la luz de las linternas oscilantes cortaba ya el crepúsculo con vagas manchas color sangre; los toldos blancos formaban al pie del negro muro algo parecido a una bandada de mariposas posadas.

Me sentí triste. Subí a la litera, cerré las cortinas de seda escarlata todas bordadas de oro, y rodeado de cosacos, heme ahí extraño a Pekín, a través de esa puerta babélica, entre la tumultuosa turba, entre carretas, palanquines de paja, caballeros mongoles armados con flechas, bonzos de túnicas blanquecinas marchando de uno en uno, y largas filas de lentos dromedarios balanceando su carga, cadenciosamente.

Poco después, la litera se detuvo. El respetuoso Sá-Tó corrió las cortinas y me encontré en un jardín oscurecido y callado donde, entre sicomoros seculares, kioscos iluminados, brillaban con una luz dulce, como linternas colosales posadas sobre la hierba, y toda suerte de aguas corrientes murmuraban en la sombra. Bajo un peristilo hecho de maderas pintadas en rojo, aclarado por los hilos de las lámparas de papel transparente, me esperaba un membrudo figurón de bigotes blancos, apoyado en una gruesa espada. Era el General Camilloff. Al adelantarme hacia él, sentía el paso inquieto de las gacelas huyendo con ligereza bajo los árboles.

El viejo héroe me apretó un momento contra su pecho y me condujo luego, según las costumbres chinas, al baño de la hospitalidad, una vasta línea de porcelana donde, entre rodelas delicadas de limón, sobrenadaban esponjas blancas, en un fuerte perfume de lilas.

Poco después la luna bañaba exquisitamente los jardines, y yo, muy refrescado, y con corbata blanca, entraba del brazo de Camilloff en el *budoir* de la generala. Era alta y rubia, tenía los ojos verdes de las sirenas de Homero, en el escote bajo de su vestido de seda blanca descansaba una rosa escarlata, y en los dedos, que le besé, erraba un aroma delicado de sándalo y de té.

Conversamos mucho de Europa, del nihilismo, de Zola, de León XIII y de la esbeltez de Sahara Bernhardt.

A través de la galería abierta, penetraba un aire cálido que olía a heliotropo. Después ella se sentó al piano y su voz de contralto quebró hasta la tarde los silencios melancólicos de la Ciudad Tártara, con las picantes arias de *Madame Favart* y con las melodías ahogantes del *Rey de Lahore*.

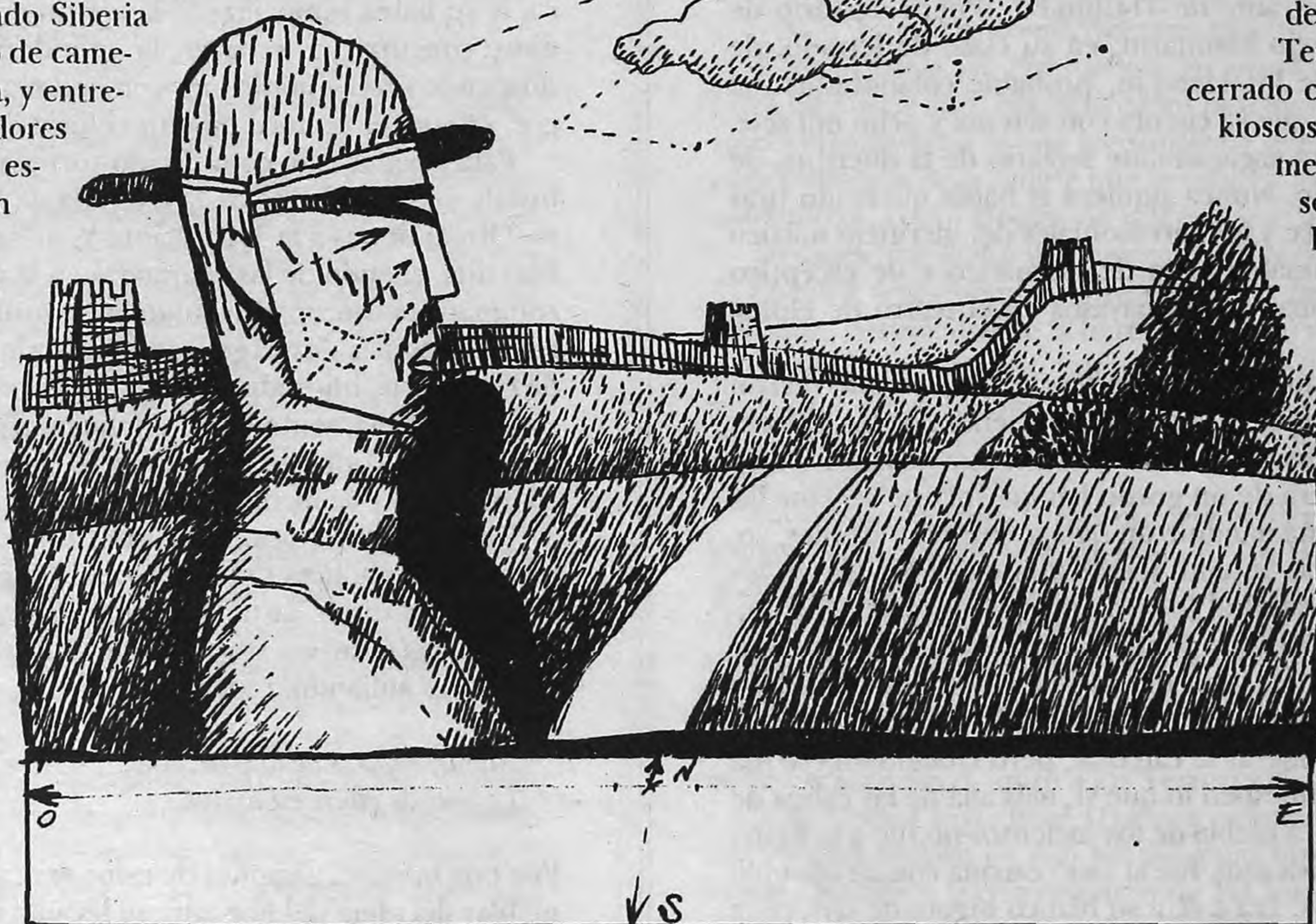
Temprano, al día siguiente, encerrado con el general en uno de los kioscos del jardín le conté mi lamentable historia y los fabulosos motivos que me traían a Pekín. El héroe oía, retorciendo sombríamente su espeso bigote cosaco.

—¿Mi preciado huésped sabe chino? —me preguntó de repente, fijando en mí sus sagaces pupilas.

—Sé dos palabras importantes, general: "mandarín" y "chá" (Té).

Él se pasó las manos de fuertes venas sobre la horrorosa cicatriz que surcaba su calva:

—"Mandarín", amigo mío, no es una palabra china y nadie la entiende en China. Es el nombre



que en el siglo XVI los navegantes de su país bello...

—Cuando teníamos navegantes... —murmuré, suspirando.

Él suspiró también, por cortesía, y continuó:

—Que los navegantes dieron a los funcionarios chinos. Viene de su verbo, de su hermoso verbo.

—Cuando teníamos verbos —musité, con la instintiva de denigrar a nuestra patria.

Él entrecerró por unos momentos sus redondos ojos de búho y prosiguió paciente y grave:

—De su hermoso verbo "mandar". Le queda, por lo tanto "chá" (Té). Es un vocablo que tiene un vasto papel en la vida china, pero lo creo insuficiente para servir en todas las relaciones sociales. Mi estimable huésped pretender desposar a una señora de la familia de Ti-Chin-Fu, continuar la espesa influencia que ejercía el Mandarín, sustituir, domesticar socialmente a ese llorado difunto. Para todo ello dispone de la palabra "cha". Es poco. No lo pude negar que era poco. El admirable ruso, frunciendo su nariz curva de milano, opúsome todavía otras objeciones que yo veía levantarse ante mi deseo como las murallas mismas de Pekín, ninguna señora de la familia de Ti-Chin-Fu consentirá jamás en casarse con un bárbaro; e iba a ser imposible, terriblemente imposible que el Emperador, el Hijo del Sol, concediera a un extranjero los honores privilegiados de un mandarín.

—Pero, ¿Por qué otra cosa me ibą a rechazar? —exclamé— Yo pertenezco a una buena familia de la provincia del Minhi. ¡Soy bachiller recibido, por lo tanto en China como en Coimbra, soy letrado! Ya formé parte de un ministerio. Poseo millones. Tengo la experiencia de las formas administrativas.

El general se iba inclinando con respeto, ante esta abundancia de mis atributos.

—No es —dijo él al fin— que el emperador realmente lo rechazara. Lo que sucede es que el individuo que lo pudiera proponer sería inmediatamente decapitado. La ley china, en este punto, es explícita y parca.



Bajé la cabeza, abrumado.

—Pero general —murmuré— yo quiero librarme de la presencia odiosa del viejo Ti-Chin-Fu y de su cometa. ¿Si entregara la mitad de mis millones al Tesoro chino, ya que no me es dado personalmente invertirlos en la prosperidad del Estado? Tal vez Ti-Chin-Fe se calmara.

El general posó paternalmente su enorme mano sobre mi hombro:

—Error, un error considerable, mancebo mío. Esos millones nunca iban a llegar al Tesoro imperial. Se quedarían en los bolsillos insondables de las clases dirigentes: se disiparían en plantar jardines, coleccionar porcelanas, alfombrar de pieles, los pisos, y proveer con sedas a las concubinas; no iban a aliviar el hambre de un sólo chino, ni iban a mejorar una sola de las piedras de las carreteras públicas. Irían a enriquecer la orgía asiática. El alma de Ti-Chin-Fu debe conocer ampliamente el Imperio, y eso no lo iba a satisfacer.

—¿Y si empleara parte de la fortuna del viejo bellaco en hacer, particularmente, como filántropo, vastas distribuciones de arroz a la población hambrienta? Es una idea.

—Funesta —dijo el general, frunciendo horrorosamente las cejas—. La corte imperial iba a ver ahí inmediatamente una ambición política, el tortuoso plan de ganarse los favores de la plebe, un peligro para la Dinastía. Mi buen amigo sería decapitado. Es serio...

—Maldición —grité—. ¿Entonces, a qué vine a China?

El diplomático se encogió vagamente de hombros; pero después, descubriendo con una sonrisa astuta sus dientes amarillos de cosaco, observó:

—Haga algo. Busque a la familia de Ti-Chin-Fu. Yo indagaré con el primer ministro, su Excelencia el Príncipe Tong, donde vive esta interesante prole. Reúnalos, arrójeles una o dos docenas de millones. Después, hágale al difunto funerales regios. Funerales de alto ceremonial, con un cortejo de una legua, hileras de bonzos, todo un mundo de estandartes, palanquines, lanzas, plumas, andas escarlatas, legiones de plañideras aullando siniestramente, etc., etc. Si después de todo esto su conciencia no se adormece y el fantasma insiste...

—¿Entonces?

—¡Degüéllelo!

—Gracias, general.

Pero algo era evidente. Y en ello coincidían Camilloff, el respetuoso Sá-Tó y la generala. Que para frecuentar a la familia de Ti-Chin-Fu, acompañar a los funerales, mezclarse en la vida de Pekín, yo debía, desde ya, vestirme como un chino opulento, de la clase letrada, para irme acostumbrando al traje, a las maneras, al ceremonial mandarín. Mi cara amarillenta, mi largo bigote colgante favorecían la caracterización. Y cuando, a la mañana siguiente, tras ser arreglado por ingeniosos costureros de la calle Chá-Cuá, entré en la sala tapizada con seda roja, donde ya relucían las porcelanas del almuerzo sobre la mesa de laca negra, la generala retrocedió como ante la aparición del propio Tong-Tehé, Hijo del Cielo.

Yo traía una túnica de brocado azul oscuro, abotonado de un lado, con la pechera ricamente bordada de dragones y flores de oro: encima una chupa de seda de un tono azul más claro, corta, amplia y desahogada. Los pantalones eran de satín color avellano, descubrían unas espléndidas babuchas amarillas pespunteadas con perlas, y un poco de media salpicada por estrellitas negras; y en la cintura, en una hermosa faja franjeada por plata, traía guardado un abanico de bambú, de esos que tienen el retrato del filósofo Lao-Tsé y se producen en Swa-Ton.

Y por las misteriosas correlaciones con las que el vestuario influye sobre el carácter, yo sentía en mis ideas, fluir los instintos chinos: el amor a las ceremonias meticulosas, el respeto burocrático a las fórmulas, una pizca de escepticismo letrado, también un objeto de terror al emperador, el odio al extranjero, el culto a los antepasados, el fanatismo de la tradición, el gusto por las cosas azucaradas...

En alma y vientre era ya completamente un mandarín. No saludé a la generala: *Bonjour Madame.* Me incliné hasta la mitad, haciendo girar los puños cerrados sobre la frente humillada, hice gravemente el *Chin-chin.*

—¡Es adorable, encantador! —dijo ella, con su hermosa risa, batiendo sus manecitas pálidas.

En esa mañana, en honor de mi nueva encarnación, había una comida china. ¡Qué gentiles servilletas de seda escarlata, con monstruos fabulosos dibujados con negro! ¡El servicio comenzó con ostras de Ning-Pó! ¡Excelentísimas! ¡Devoré dos docenas con un intenso placer chino! Después vinieron unas exquisitas fibras de aletas de tiburón, ojos de carnero con ajo picado, un plato de nenúfares en caldo de azúcar, naranjas de Cantón y, en fin, el arroz sacramental, el arroz de los Abuelos.

Delicado banquete, regado ampliamente con excelentes vinos de Chao-Chigne. Y, por fin, con qué placer recibí mi copa de agua hirviente, donde puse un puñado de hojas de té imperial, de la primera cosecha de marzo, cosecha única, que se celebra con un santo rito por las manos puras de las vírgenes.

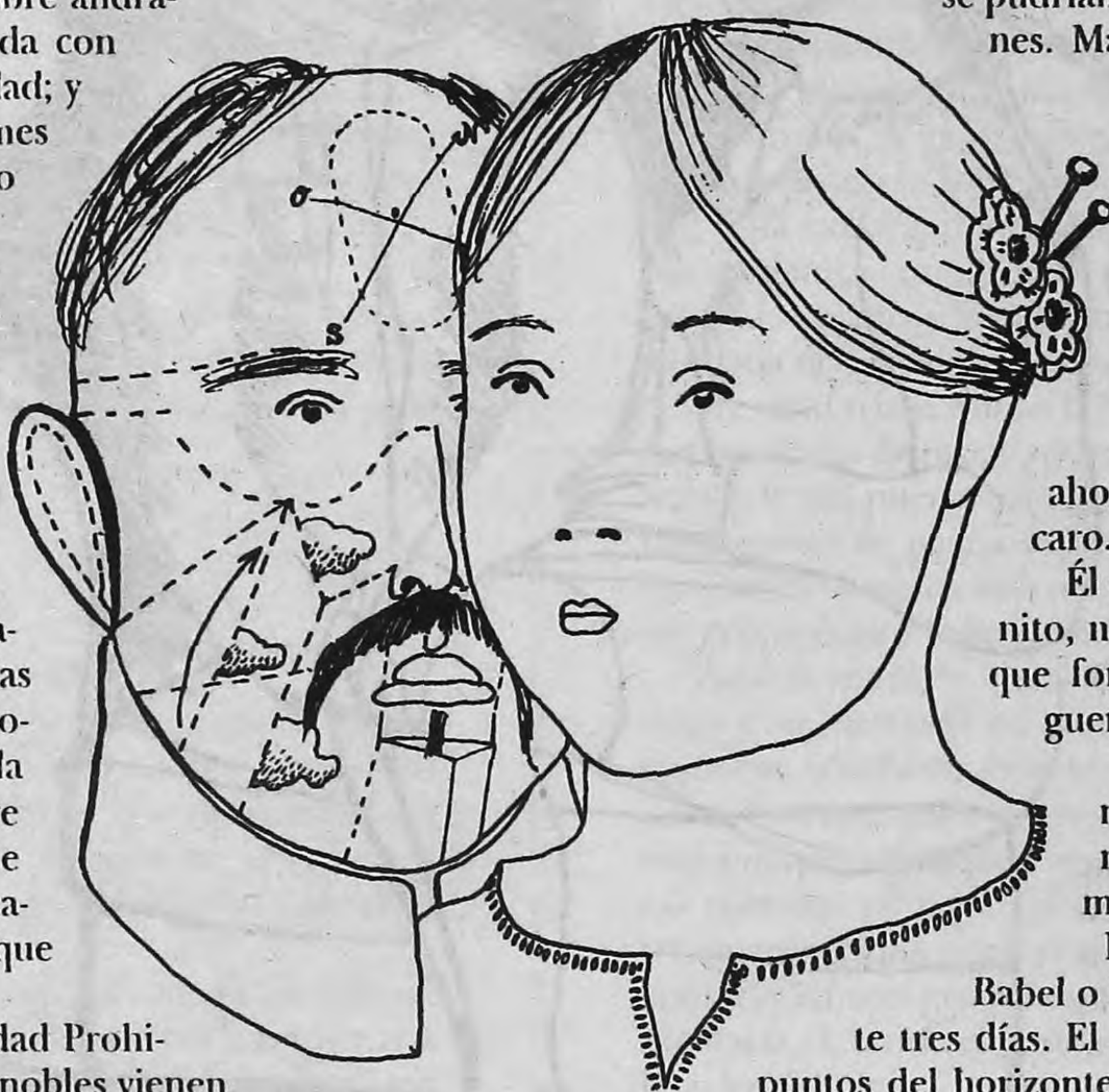
Dos cantantes entraron mientras fumábamos, y mucho tiempo, con una modulación gutural, cantaron viejas canciones de los tiempos de la Dinastía Ming, al son de las guitarras cubiertas con piel de serpiente, que dos tártaros en cuclillas rasgueaban, con una cadencia melancólica y bárbara. China tiene encantos de un raro gusto.

Después, la rubia generala nos cantó con singular gracia, la *Femme á barbe* y cuando el general salió con su escolta hacia el *yamen* del príncipe Tong, a informarse de la residencia de la familia Ti-Chin-Fu, yo bien lleno y satisfecho, salí con Sá-Tó a ver Pekín.

La habitación de Camilloff quedaba en la Ciudad Tártara, en los ba-

rrios militares y nobles. En ellos hay una tranquilidad austera. Las calles parecían anchos caminos de aldeas surcadas por las ruedas de los carros: y casi siempre se camina a lo largo de los muros, de donde brotan ramas horizontales de sicomoros.

A veces pasa una carreta, rápidamente, al trote de un pony mongol, con altas ruedas claveteadas de clavos dorados; todo oscilando en ella: el toldo, las cortinas colgantes de seda, las ramas de plumas en los ángulos, y dentro se adivina alguna hermosa dama china, cubierta con brocados claros, la cereza toda llena de flores, haciendo girar en las pulseras dos aros de plata con un aire de tedio ceremonioso. Después viene alguna aristocrática silla de mandarín, que unos *coolies* vestidos de azul, de coleta suelta, llevan en alto con un trote jadeante hacia los *yemens* del Estado. Los precede una servidumbre andrajosa que llevaba en alto unos rollos de seda con inscripciones bordadas, insignias de autoridad; y dentro el personaje gordinflón, con enormes anteojos redondos, hojeando su papelaje o dormitando, de hocico caído.



A cada momento nos deteníamos a mirar las ricas tiendas, con sus letreros de títulos dorados sobre fondo escarlata: los clientes, en un silencio sepulcral, sutiles como las sombras, van examinando las preciosidades, porcelanas de la Dinastía Ming, bronces, esmaltes, marfiles, sedas, armas damasqueadas, los abanicos maravillosos de Sa-Ton. A veces, una fresca muchacha de ojos oblicuos, túnica azul y amapolas de papel en las trenzas desdobla un raro brocado ante un chino gordo que la contempla beatíficamente con los dedos cruzados sobre la barriga; al fondo, el mercader, aparatoso e inmóvil, escribe con un pincel sobre largas tablillas de sándalo: es un perfume dulzón, que brota de las cosas, perturba y entristece.

¡He aquí la muralla que circunda la Ciudad Prohibida, morada santa del emperador! Jóvenes nobles vienen bajando del balcón de un templo, donde han estado adiestrándose en tiro de flecha. Sá-Tó me ha dicho sus nombres, era de la guardia selecta, que en las ceremonias escolta al guardasol de seda amarilla, con el dragón bordado, que es el emblema sagrado del emperador. Todos ellos saludaron profundamente a un viejo que iba pasando, de venerables barbas, con una casaca amarilla que es el privilegio del anciano, venía hablando solo y traía en la mano una vara sobre la que iban posadas amaestradas alondras. Era un príncipe del Imperio.

¡Extraños barrios! Pero nada me divertía tanto como observar a cada instante una puerta de jardín, dos mandarines barrigones que para entrar intercambiaban constantemente zalemas, cortesías, negativas, risitas agudas, de etiqueta, todo un ceremonial dogmático, que hacía oscilar de un modo picaresco, sobre las espaldas, las grandes plumas de pavo real. Después se elevaban los ojos al aire, allá iban a flotar siempre las enormes cometas de papel, ya sea en formas de dragón, ya de cetáceos o de aves fabulosas, llenando el espacio con una inverosímil legión de monstruos transparentes y ondulantes.

—Sá-Tó ¡basta ya de Ciudad Tártara! Vamos a ver los barrios chinos. Y para allá fuimos, penetrando en la Ciudad China por la monstruosa puerta de Tchin-Men. Aquí vive la burguesía, el mercader, el populacho. Las calles se alinean como con pauta; y en el suelo, vetusto y enlodado, hecho por la inmundicia de varias generaciones apisonadas desde hace siglos, todavía aquí y allí yacen algunas losas de mármol color de rosa que antiguamente la calzaban, en los tiempos de la grandeza de los Ming.

A ambos lados, en terrenos indefinidos donde aúllan manadas de perros hambrientos, a veces hileras de caseríos oscuros, a veces tiendas pobres con sus carteles frágiles y pintarrajeados, balanceándose en un asta de fierro. A la distancia se levantan los arcos triunfales hechos con barrotes púrpuras, unidos en lo alto por un tejado oblongo de tejas azules, barnizadas, que brillan como si estuvieran esmaltadas. Una multitud rumorosa y espesa, en la que predomina el tono gris y azulado de los trajes, circula sin cesar. La polvareda lo envuelve todo en una niebla amarillenta; un hedor acre que exhalan los arroyos negros; y a cada momento una larga caravana de camellos hiende lentamente la turba, conducida por mongoles sombríos vestidos con piel de carnero.

Fuimos hasta las entradas de los puentes sobre los canales, donde saltimbanquis semidesnudos, con máscaras que simulan pavorosos demonios, hacen destrezas de un picaresco bárbaro y sutil; y mucho tiempo estuve admirando a los astrólogos de amplias túnicas, con dragones de papel pegado a las espaldas, vendiendo ruidosamente horóscopos y ofreciendo consultas de astros. ¡Oh, ciudad fabulosa y singular!

¡De pronto se levantó una gritería! Corrimos, era una banda de presos, que un soldado con grandes anteojos, iba empujando con el guardasol, sujetos los unos a los otros por la coleta. Fue ahí, en esa avenida, que vi el estrepitoso cortejo de un funeral de mandarín, todo adornado con oriflama y banderolas; grupos sujetos fúnebres venían quemando papeles que hornos portátiles, mujeres desharrapadas aullaban de dolor, estirándose sobre alfombras; después se levantaban, mendigaban y un *cooli* vestido con luto blanco les servía té, de una gran tetera con forma de ave.

Al pasar junto al Templo del Cielo, vi apiñada a una larga legión de mendigos, traían por toda vestimenta un ladrillo sujeto a la cintura, con un cordel. Las mujeres, con los cabellos sembrados con viejas flores de papel, roían huesos tranquilamente. Y cadáveres de niños se pudrían junto a ellos, bajo el vuelo de los moscardones. Más adelante nos topamos con una jaula de bambú, donde un condenado extendía, a través de las rejas, las manos descarnadas, en un gesto de pedir limosna. Después Sá-Tó nos mostró respetuosamente una estrecha plaza: ahí, sobre unos pilares, posaban pequeñas jaulas que contenían cabezas de decapitados y gota a gota iban salpicando una sangre espesa y negra.

—¡Uf! —exclamé fatigado y aturdido— Sá-Tó, ahora necesito descanso, el silencio y un puro caro.

Él se inclinó y, a través de una escalera de granito, me condujo a las altas murallas de la ciudad, que formaban un mirador que cuatro carros de guerra, a pares, pueden recorrer por leguas.

Y mientras Sá-Tó, en el vano de una almena bostezaba con un desahogo de guía de turistas aburrido, yo fumaba al contemplar por mucho tiempo, a mis pies, la vasta Pekín.

Es como una formidable ciudad de la Biblia, Babel o Nínive, que el profeta Jonás atravesó durante tres días. El grandioso muro cuadrado limita los cuatro puntos del horizonte, con sus puertas de torres monumentales, que el aire azulado, a aquella distancia vuelve transparente. Y en la inmensidad de su recinto, se aglomeran confusamente verduras de bosques, lagos artificiales, canales cintilantes como el acero, puentes de mármoles, terrenos cubiertos de ruinas, tejados cuyo barniz reluce al sol; por todas partes se ven pagodas heráldicas, blancos atrios de los templos, arcos triunfales, miles de kioscos sobresaliendo de entre el follaje de los jardines después, espacios que parecen un montón de porcelanas, otros que semejan montones de lodo; y siempre, a intervalos regulares, la mirada encuentra algunos bastiones de aspecto heroico y fabuloso.

La multitud, junto a esos grandiosos edificios es sólo como un grano de arena que un viento suave trae y lleva.

Aquí está el vasto palacio imperial, entre arboledas misteriosas, con sus tejados de un amarillo vivo. Cómo desearía penetrar sus secretos y ver desarrollarse, por las galerías sobrepuestas, la magnificencia bárbara de esas dinastías seculares.

Más allá se levanta la torre del Templo del Cielo, simulando tres guardasoles superpuestos; después, la gran columna de los Principios, hierática y seca como el genio mismo de la raza; y más adelante blanquean en una media tinta sobrenatural los paseos de Jaspe del Santuario de la Purificación.

Entonces, yo interrogo a Sá-Tó y su respetuoso dedo me muestra el Templo de los Antepasados, el Palacio de la Soberana Concordia, el Pabellón de las Flores de las Letras, el Kiosco de los Historiadores, haciendo brillar entre los bosques sagrados que lo rodean, sus tejados relumbrantes de mosaicos azules, verdes, escarlatas y color limón. Devoraba con los ojos ávidos, esos momentos de la antigüedad asiática, con una curiosidad por conocer las impenetrables clases que los habitan, el principio de las instituciones, la significación de los cultos, el espíritu de sus letras, la gramática, el dogma, la extraña vida interior de un cerebro de letrado chino. Pero ese mundo es inviolable como un santuario.

Me senté en la muralla y mis ojos se perdieron en la planicie arenosa que se alargaba más allá de las puertas hasta los contrafuertes de los montes mongólicos. Incesantemente allí se arremolinan olas interminables de polvo. Entonces me invadió el alma una melancolía que el silencio de las alturas, al envolver a Pekín, volvía algo más vago y desolado, era como una *saudade* de mí mismo, un largo pesar de sentirme allí aislado, absorbido por aquel mundo duro y bárbaro. Me acordé, con los ojos humedecidos, de mi pueblo en el Minho, de su atrio sombreado por los robledales, la venta con un ramo de laureles en la puerta, el cobertizo del hierro y los riachuelos tan frescos cuando reverdecen los linos.

Aquella era la época en la que las palomas emigran de Pekín al Sur.

Las veía juntarse en bandadas por encima de mí, partiendo de los bosques de los templos y de los pabellones imperiales; cada una trae para defenderse de los milanos, un leve tubo de bambú, que el aire hace sonar; y aquellas nubes blancas pasan como empujadas por una brisa suave, dejando en el silencio un lento y melancólico suspiro, una ondulación eólica, que se pierde entre los aires pálidos.

Volví a casa, abrumado y pensativo.

Al comer, Camilloff, desdoblando la servilleta, me pidió con bonhomía, mis impresiones de Pekín.

—Pekín me hace sentir bien, general, los versos de un poeta nuestro:

Por encima de los ríos que van,
en Babilonia me hallé...

—¡Pekín es un monstruo! —dijo Camilloff agitando pensativamente la calva. Y ahora considere que a esta capital, a la clase tártara y conquistadora, la obedecen trescientos millones de hombres, una raza sutil, laboriosa, sufriente, prolífica, invasora. Estudian nuestras ciencias. ¿Una copa de Médoc, Teodoro? ¡Tienen una marina formidable! El ejército, que antiguamente creía destrozar al extranjero con dragones de papel donde aparecían serpientes de fuego, siguen ahora tácticas prusianas y fusiles de aguja. ¡Peligroso!

—Y aún, general, en mi país, cuando a propósito de Macao, se habla del Imperio Celeste, los patriotas se pasan los dedos por el pelo y dicen negligentemente: "Si mandamos para allá cincuenta hombres, barremos con China".

Ante esta estupidez se hizo el silencio. Y el general tras de toser formidablemente murmuró con condescendencia:

—Portugal es un hermoso país.

Yo exclamé con sequedad y firmeza:

—Es un asco, general.

La generala, poniendo delicadamente a un lado del plato un ala de pollo, y limpiándose el dedito, dijo:

—Es el país de la canción de Mignon. Es allí donde florecen los naranjos.

El gordo Meriskoff, doctor alemán por la Universidad de Bonn, canciller de la Legación, hombre de poesía y de comentarios, observó con respeto:

—Generala, el dulce país de Mignon es Italia: *¿Conoces tu la tierra privilegiada donde los naranjos dan flor?* El divino Goethe se refería a Italia, *Italia mater.* La Italia será el eterno amor de la humanidad sensible.

—¡Yo prefiero Francia! —suspiró la esposa del primer secretario, una muñequita pecosa, de pelo estropajoso.

—¡Ah! Francia— murmuró un agregado, haciendo un guiño ternísimo.

El gordo Meriskoff se arregló los anteojos de oro:

—Francia tiene una desventaja, que es la cuestión social.

—¡Oh, la cuestión social! —murmuró sombríamente Camilloff.

—Ah, la cuestión social! —consideró ponderosamente el agregado.

Y opinando con tanta sapiencia, alcanzamos por fin el café.

Al bajar al jardín, la generala, apoyándose sentimentalmente en mi brazo, me murmuró casi en la cara:

—Ay, quien me pudiera dar poder vivir en esos países apasionantes, donde reverdecen los naranjos.

—Es allí donde verdaderamente se ama, generala —le secreteé yo, llevándola dulcemente a la oscuridad de los sicomoros...

V

Fue necesario todo un largo verano para descubrir la provincia donde había vivido el difunto Ti-Chin-Fu.

¡Qué episodio administrativo tan pintoresco, tan chino! El servicial Camilloff, que pasaba el día entero recorriendo los *yemens* del Estado, tuvo que probar primero que el deseo de conocer la morada de un viejo mandarín no encubría una conspiración contra la seguridad del Imperio; y después le fue todavía necesario jurar que no había en esta curiosidad un atentado contra los ritos sagrados. Y ya satisfecho, el Príncipe Tong permitió que se hiciera la investigación imperial; centenas de escribas palidecieron noche y día con el pincel en la mano, dibujando informes sobre papel arroz; misteriosas conferencias se dieron en voz baja por todos los negociados en la Ciudad Imperial, desde el Tribunal Astronómico hasta el Palacio de la Bondad Elegida; y una población de *coolies* transportaba de la Legación rusa a los Kioscos de la Ciudad Prohibida, y de ahí al Patio de los Archivos, parihuelas que reventaban ante el peso de las pilas de vetustos documentos.

Cuando Camilloff preguntaba por los resultados, le daban respuestas satisfactorias de que se estaban consultando los Santos Libros de Lao-Tsé, o que se iban a estudiar viejos textos del tiempo de Nor Ha-Chu. Y para calmar la impaciencia bélica del ruso, el Príncipe Tong remitía, con estos recados sutiles, algún presente sustancial de confites rellenos o pedazos de bambú en almíbar...

Ya mientras el general trabajaba con fervor para encontrar a la familia Ti-Chin-Fu, yo iba tejiendo horas de seda y oro (así dice un poeta japonés) ante los pequeñitos pies de la generala.

Había un kiosco en el jardín bajo los sicomoros, que se denominaba a la manera china, del Reposo Discreto. Junto, un arroyo fresco iba cantando dulcemente bajo un puentecillo rústico, pintado de color de rosa. Las paredes eran sólo un cercado de bambú fino, envuelto en seda azulada; el sol pasaba a través suyo, produciendo una luz sobrenatural opalescente desmayada. Al centro, se acomodaba un diván de seda blanca, de un poético de nube matutina atrayente como un lecho nupcial. En los rincones, en espléndidos jarrones transparentes de la época de Yeng, se elevaban en su gentileza aristocrática lirios escarlatas del Japón. Todo el suelo estaba cubierto por esteras finas de Nankín; y junto a la ventana enrejada, sobre un airoso pedestal de sándalo, posaba abierto un abanico hecho por hojas de cristal separadas, que la brisa al entrar hacía vibrar, produciendo una modulación melancólica y tierna.

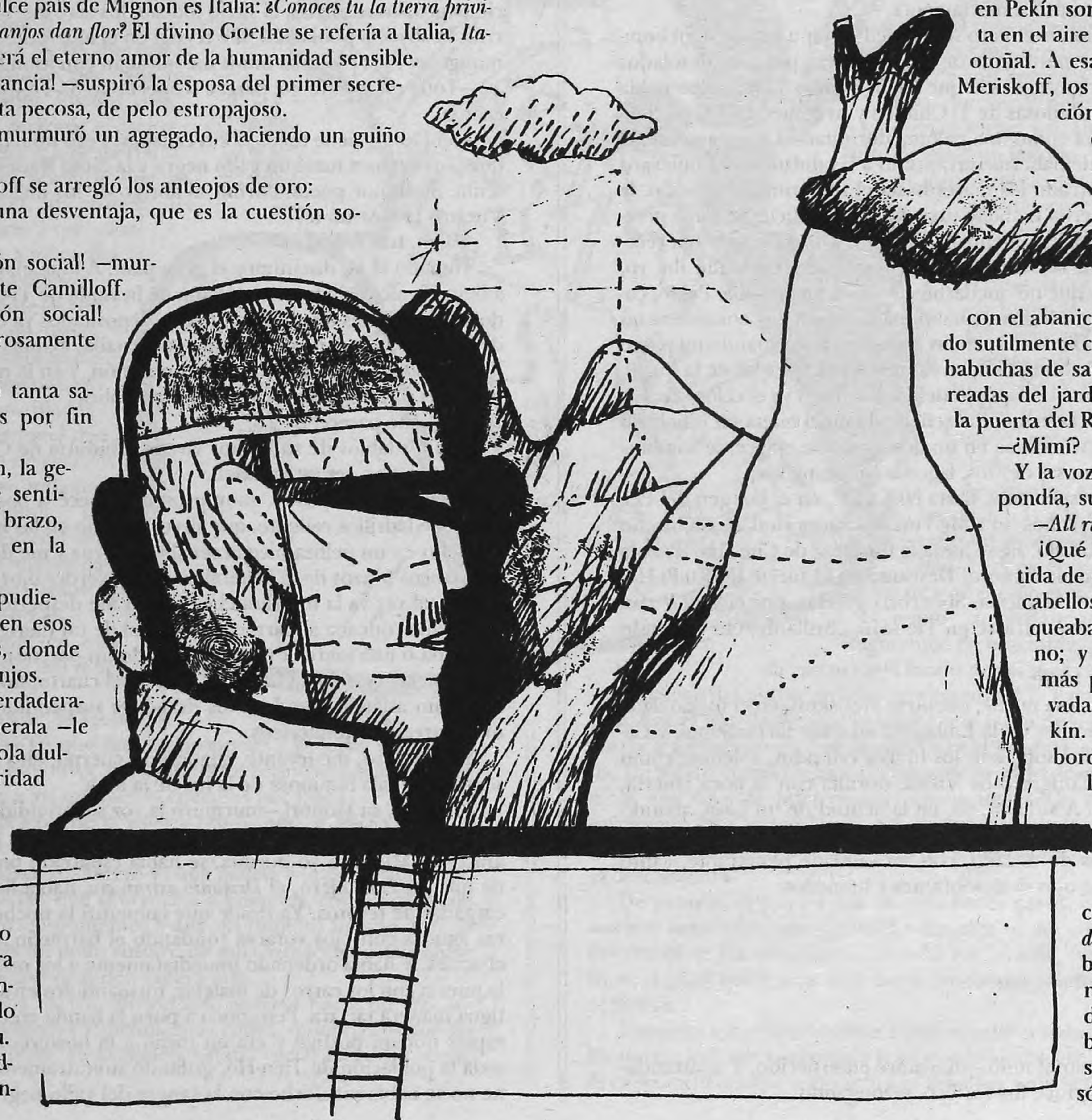
Las mañanas del fin de agosto en Pekín son muy dulces; ya flota en el aire un enternecimiento otoñal. A esa hora el Consejero Meriskoff, los oficiales de la Legación, estaban siempre en la Cancillería preparando sus maletas para San Petersburgo. Entonces yo, con el abanico en la mano, pisando sutilmente con las puntas de las babuchas de satín las callejuelas aireadas del jardín, iba a entreabrir la puerta del Reposo Discreto.

—¿Mimí?

Y la voz de la generala respondía, suave como un beso:

—*All rigth.*

¡Qué hermosa estaba vestida de dama china! En sus cabellos levantados blanqueaban flores de durazno; y sus cejas parecían más puras y negras, avivadas con tinta de Nankín. La camisa de gasa, bordada a *soutache* de filigrana de oro, se pegaban a sus senos pequeñitos y erguidos: unos vastos, cómodos calzones color *muslo de ninfa,* que le daban una gracia de serrallo, caía sobre el delicado tobillo, cubierto por medias de seda amarillas. Y sólo tres dedos de mi



mano cabían en su chinelita.

Se llamaba Vladimira. Había nacido junto a Nijni-Novgorod y había sido educada por una vieja tía que admiraba a Rousseau, leía a Faublar, llevaba el cabello empolvado y parecía una tosca litografía cosaca de una dama galante de Versalles.

El sueño de Vladimira era vivir en París, y haciendo hervir cuidadosamente hojas de té, me pedía cuentos pícaros de *cocottes* y me hablaba de su admiración por Dumas hijo.

Yo arremangaba la amplia manga de su túnica de seda color hojas muertas, iba haciendo viajar mis labios devotos a través de su fresca piel de sus hermosos brazos. Y después, sobre el diván, abrazados, el pecho del uno contra el del otro, en un mudo éxtasis, sentíamos las hojas de cristal sonar eólicamente, las aves azules levantaron el vuelo entre los plátanos con el fugitivo ritmo del arroyo que corría.

Nuestros húmedos ojos tropezaban a veces con un cuadro de satín negro, por encima del diván, donde con caracteres chinos se explicaban sentencias del Libro Sagrado de Li-Nun "sobre los deberes de las esposas". ¡Pero ninguno de nosotros entendía chino! Y en el silencio nuestros besos reiniciaban, con un sonido dulce y comparables (en la lengua florida de aquellos países) con perlas que caen una a una en un bacinete de plata. ¡Oh, dulces siestas de los jardines de Pekín! ¿dónde os encontráis? ¿Dónde os encontráis hojas muertas de los lirios escarlatas del Japón?

Una mañana, Camilloff, al entrar en la Cancillería, donde se encontraba fumando la pipa de la amistad en la compañía de Meriskoff, arrojó su enorme sable al canapé, y nos contó radiante las noticias que le había dado el agudo Príncipe Tong. Había descubierto que un opulento mandarín, de nombre Ti-Chin-Fu había vivido antiguamente en los confines de Mongolia, en la villa de Tien-Ho. Había muerto súbitamente y su extensa descendencia residía allá, en la miseria en una vil choza.

Este descubrimiento, ciertamente, no se debía a la sagacidad de la burocracia imperial, sino que la había hecho un astrólogo del Templo de Faqua que por espacio de veinte noches había ojeado en el cielo el luminoso archivo de los astros.

—¡Ha de ser su hombre, Teodoro! —exclamó Camilloff.

Y Meriskoff repitió, sacudiendo la ceniza de su pipa:

—¡Teodoro, ha de ser su hombre!

—Mi hombre— murmuré sombríamente.

¡Sí, tal vez era mi hombre! Pero no me seducía ir a buscar a mi hombre, a su familia, en la monotonía de una caravana, por esos desolados confines de China. Además, desde que había llegado a Pekín, ¡no había vuelto a ver las formas odiosas de Ti-Chin-Fu y su cometa! La Consciencia estaba dentro de mí como una paloma dormitando. Ciertamente, el grandísimo esfuerzo de haberme arrancado a las dulzuras del bulevard y Loreto, de haber surcado los mares hasta el Imperio de Enmedio, le había parecido a la Eterna Equidad una expiación suficiente y una peregrinación reparadora. Ciertamente Ti-Chin-Fu, calmado, se había recogido con su cometa a la Sempiterna Inmovilidad, ¿Para qué iba yo, pues, a Tien Hó? ¿Por qué no quedarme allí, en aquel amable Pekín, comiendo menúfares en almíbar, abandonándome a las somnolencias amorosas del Reposo Discreto y, en las azuladas tardes, dando mi paseo del brazo del bueno de Meriskoff, en las terrazas jaspeadas de la Purificación o bajo los cedros del Templo del Cielo? ¡Pero ya el celoso de Camilloff, con el lápiz en la mano, iba señalando en el mapa mi itinerario hacia Tien Hó! Y mostrándome en un desagradable enlace de sombras de montes, líneas tortuosas de ríos, lagunas difuminadas.

—¡Aquí está! Mi huésped sube hasta Ni-Ku-Hé, en el margen del Pei-Hó. De ahí, en barcos planos, va a My-Yun. Hermosa ciudad, allí hay un Buda vivo. De ahí, a caballo, sigue hasta la fortaleza de Ché-Hia. ¡Pasa la Gran Muralla, espectáculo famoso! Descansa en el fuerte de Ku-Pi-Hó. Incluso puede allí cazar la gacela. Soberbias gacelas, por cierto. Y con dos días de caminata encontrarse en Tien-Hó. ¿Brillante, eh? ¿Cuándo quiere partir? ¿Mañana?

—Mañana —deslicé, triste.

¡Pobre generala! En esa noche, mientras Meriskoff, en el fondo de la sala hacía con tres oficiales de la Embajada su *whist* sacramental, y Camilloff en un rincón del sofá, con los brazos cruzados, solemne como en una poltrona del Congreso de Viena, dormía con la boca abierta, ella se sentó al piano. A su lado, yo, en la actitud de un Lara, abatido por la fatalidad, me retorcía lúgubremente el bigote. Y la dulce criatura, entre dos gemidos de teclado, con un saudade penetrante, cantó volteando hacia mí sus ojos deslumbrantes y húmedos:

L'oiseau s'envole,
Lá bas, lá bas.
L'oiseau s'envole...
Ne revient pas...

—El ave debe regresar al nido —murmuré enternecido. Y apartándome para cortar una lágrima, iba furioso, rezongando:

—¡Canalla Tin-Chi-Fu! ¡Por tu culpa! ¡Viejo malandrín! ¡Viejo bribón!

Al otro día partí para Tien-Hó, con el respetuoso intérprete Sá-Tó, una larga hilera de carretas, dos cosacos y toda una población de *coolies*.

Al dejar la muralla de la Ciudad Tártara, seguimos por mucho tiempo a lo ancho de los jardines sagrados que adornan el templo de Confucio.

Eran los fines de otoño, ya habían amarilleado las hojas, una dulzura conmovedora flotaba en el aire.

De los santos kioskos brotaba un susurro de cánticos de notas monótonas tristes. A través de las terrazas, enormes serpientes, veneradas como dioses, se iban arrastrando, entorpecidas ya por los fríos. Y aquí y allá al pasar, contemplábamos decrépitos budistas, secos como pergaminos y nudosos como raíces, atravesados en el suelo bajo los sicomoros, en una inmobilidad de ídolos, contemplando incesantemente su ombligo, en espera de la perfección del Nirvana.

Y yo avanzaba pensando con una pálida tristeza como aquel mismo cielo del octubre asiático, en dos lágrimas redonditas que había visto brillar como despedida, en los ojos verdes de la generala.

VI

Declinaba ya la tarde y el Sol descendía enrojecido como un escudo de metal candente, cuando llegamos a Tien-Hó.

Las murallas negras de la villa se elevaban, hacia el sur, junto a un torrente que ruge entre las rocas, hacia el naciente, la planicie lívida y polvosa se extiende hasta un grupo oscuro de colinas donde blanquea un vasto edificio, que es una misión católica. Y más allá, hacia el extremo norte, están las eternas montañas moradas de Mongolia, suspensas siempre en el aire como nubes.

Nos alojamos en un barracón fétido al que llamaban Hostería de la Consolación Terrenal. Se me reservó el cuarto de honor, que se ubicaba en una galería sobre estacas; y adornada extrañamente con dragones de papel recortado, suspendidos por cordeles del techo; ante la menor brisa aquella legión de monstruos fabulosos oscilaba cadenciosamente, con un rumor de follaje, como poseída por una vida sobrenatural y grotesca. Antes de que oscureciera, con Sá-Tó me dirigí a ver la villa. Y más bien de prisa rehuí el hedor abominable de las callejas. Todo me pareció negro, las casuchas, el suelo lodoso, los arroyos, los hambrientos perros, la abyecta población. Me recogí en el albergue, donde los arrieros mongoles y los piojosos niños me miraban con asombro.

—Toda esta gente me parece sospechosa, Sá-Tó —dije yo, agitando la cabeza.

—Su Honor tiene razón. ¡Son canallas! Pero no hay peligro. Antes de que partiéramos maté un gallo negro y la diosa Kaonine debe estar contenta. Su honor puede dormir al abrigo de los malos espíritus. ¿Desea Vuestro Honor un té?

—Bien, tráelo Sá-Tó.

Tomado el té, discutimos el gran plan. A la mañana siguiente yo iba a llevar la alegría a la triste cabaña de la viuda de Ti-Chin-Fu, anunciándole los millones que le obsequiaba, depositados ya en Pekín. Después, de acuerdo con el mandarín que gobernaba, íbamos a hacer una abundante distribución de arroz en la población, y en la noche habría iluminaciones y bailes, como en una fiesta pública.

—¿Qué te parece, Sá-Tó?

—En los labios de su Honor vive la sabiduría de Confucio. ¡Va a ser en grande, va a ser en grande!

Como venía cansado, muy pronto empecé a bostezar sobre la cubierta de ladrillos caliente, que sirve de lecho en las hosterías de China, envuelto en mi pelliza hice la señal de la cruz y me dormí pensando en los blancos brazos de la generala y en sus verdes ojos de sirena.

Era tal vez ya la medianoche cuando me despertó un rumor lento y sordo que rodeaba al barracón, como el de un fuerte ventarrón en una arboleda o una marea espesa golpeando un paredón. A través de la galería abierta entraba la luz de la luna en el cuarto, una luz de luna triste de otoño asiático, dando a los dragones suspendidos en el techo formas, parecidos quiméricos.

Ya nervioso, me levanté, cuando un cuerpo, alto e inquieto, se presentó en la faja luminosa de la luz de la luna.

—¡Soy yo, su Honor! —murmuró la voz sorprendida de Sá-Tó.

Y luego, humillándose ante mí, con un fluido de palabras roncas su aflicción. Mientras yo dormía, se había esparcido por la villa el rumor de que un extranjero, el *Demonio extranjero*, había llegado con maletas cargadas de tesoros. Ya desde que comenzó la noche él había visto caras agudas con ojos voraces rondando el barracón, como impacientes chacales. Y había ordenado inmediatamente a los *coolies* que atrancaran la puerta con los carros de maletas, formándolos en semicírculo a la antigua manera tártara. Pero poco a poco la banda crecía. Ahora venía de espiar por un postigo y era en torno a la hostería que se encontraba toda la población de Tien-Hó, gritando siniestramente. La diosa Kaonine no se había satisfecho con la sangre del gallo negro. Además de eso,

había visto en la puerta de una pagoda a una cabra negra retroceder. ¡Iba a ser una noche de terrores! Y su pobre mujer, la carne de su carne que se encontraba tan lejos, en Pekín.

—¡Y ahora, Sá-Tó! —pregunté.

—Ahora, Su Honor, ahora...

Se calló y su magra figura temblaba, agazapada como un perro que se arrastra bajo el azote.

Aparté al cobarde y me adelanté a la galería. Abajo, el muro fronterizo cubierto por un cobertizo proyectaba una honda sombra. En efecto, allí se encontraba una turba negra apiñada. A veces una figura, rastreando, se adelantaba en el espacio iluminado, acechando, espiando las carretas y, al partir la luz en su cara, retrocedía vivamente, fundiéndose en la oscuridad; como el techo del galpón era bajo, chispeaba un momento a la luz de algún fierro de una lanza inclinada.

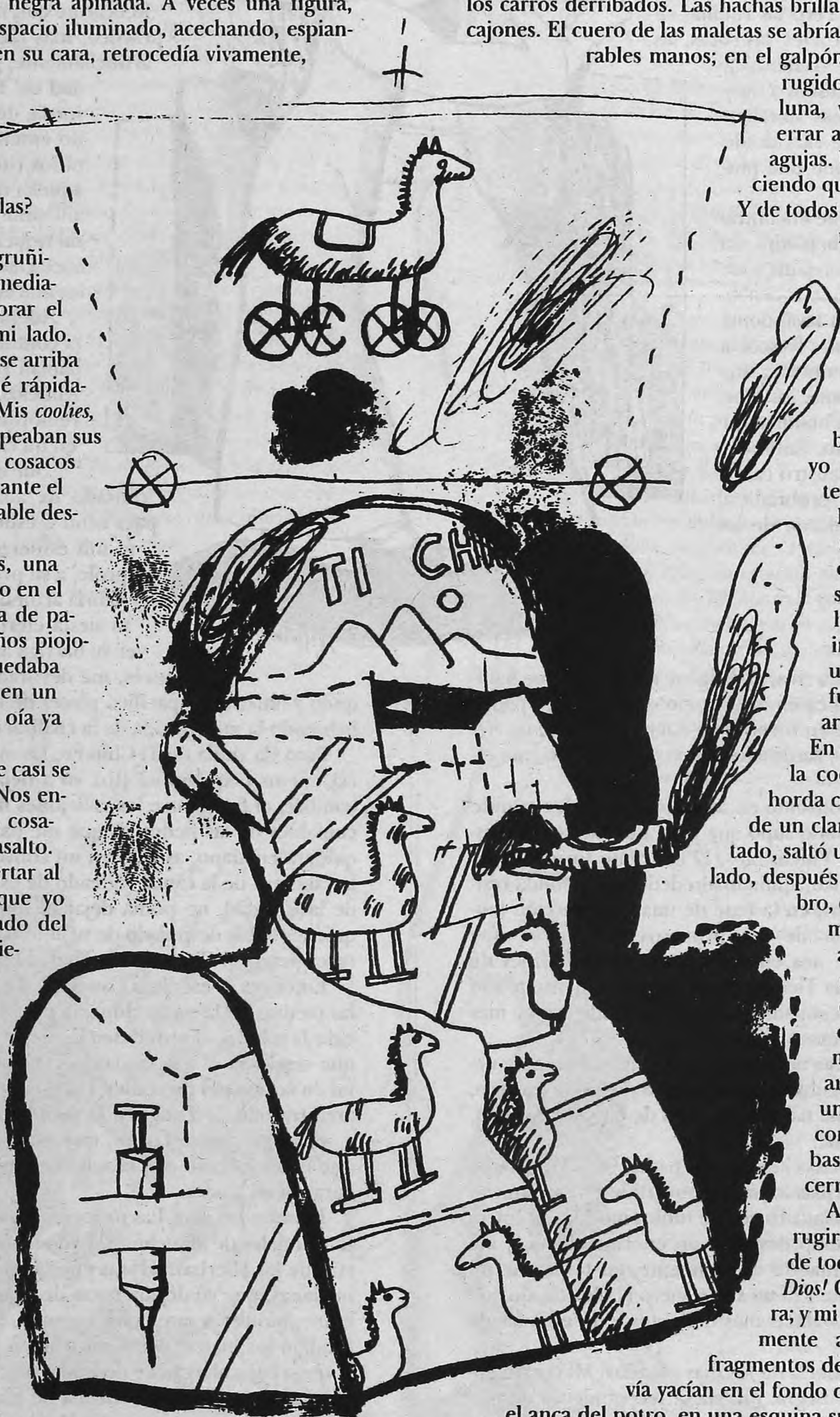
—¿Qué quieren ustedes, canallas? —grité en portugués.

Ante esta voz extranjera, un gruñido salió de entre las tinieblas, inmediatamente una piedra vino a perforar el papel encerado de la celosía, a mi lado. Después silbó una flecha, clavándose arriba de mi cabeza, en un barrote. Bajé rápidamente a la cocina de la hostería. Mis *coolies,* acuchillados sobre sus talones, golpeaban sus maxilares con terror, y los dos cosacos que me acompañaban, impasibles ante el hogar, fumaban sus pipas con el sable desnudo en las rodillas.

El viejo hostelero de anteojos, una abuela andrajosa que yo había visto en el patio echando a volar una cometa de papel, los arrieros mongoles, los niños piojosos habían desaparecido, sólo quedaba algún viejo, ebrio de opio tirado en un rincón, como un fardo. Afuera se oía ya a la multitud vociferante.

Interpelé entonces a Sá-Tó, que casi se desmayaba, arrimado a una viga. Nos encontrábamos desarmados, los dos cosacos, solos, no podían rechazar el asalto. Era entonces necesario ir a despertar al mandarín gobernante, revelarle que yo era amigo de Camilloff, un invitado del Príncipe Tong, intimarlo a que viniera a dispersar la turba, a mantener la ley santa de la hospitalidad.

Pero Sá-Tó me confesó con una voz débil como un soplo, que seguramente el gobernador era quien estaba dirigiendo el asalto. Desde las autoridades hasta los mendigos, la fama de mi riqueza, la leyenda de las carretas cargadas con oro inflamaban todos los apetitos. La prudencia mandaba, como el santo mandamiento, que abandonáramos parte de los tesoros, mulas, cajas con comestibles.



—¿Y quedarnos aquí, en esta maldita aldea, sin camisa, sin dinero y sin alimentos?

—Pero con la vida rica, ¡Su Honor!

Cedí. Y ordené a Sá-Tó que fuera a proponer a la turba una abundante distribución de monedas, si consentía en retirarse a sus casuchas y respetar en nosotros a los huéspedes enviados por Buda.

Sá-Tó se subió al balcón de la galería temblando, e inició luego la arenga a la turba, oraceando, arrojando las palabras con la violencia de un perro que ladra. Había yo abierto ya una maleta e íbale pasando cartuchos, sacos de monedas, que él arrojaba a puñados, con un gesto de sembrador. Abajo, por el momento, había un tumulto furioso ante la lluvia metálica, después un lento suspiro de gula satisfecha y más tarde un silencio, en el suspenso de quien espera más.

—¡Más! —murmuraba Sá-Tó, volviéndose ansioso hacia mí. Yo, indignado, le iba dando otros cartuchos, más rollos, monedas de medio real envueltas en cordeles. Ya la maleta estaba vacía. La turba rugía, insaciable.

—¡Más, Vuestro Honor! —suplicó Sá-Tó.

—No tengo más, creatura, lo que queda está en Pekín.

—¡Oh, Buda santo! ¡Estamos perdidos! —clamó Sá-Tó, abatiéndose sobre sus rodillas.

El populacho callado, esperaba todavía. De pronto, un ulular salvaje rasgaba el aire. Y yo sentía a aquella ávida masa, arremeter contra las carretas que defendían la puerta en semicírculo. Con el choque, todo el maderamen de la Hostería de la Consolación Terrenal crujió y osciló.

Corrí al balcón. Abajo estaba un tropel desesperado al derredor de los carros derribados. Las hachas brillaban al caer sobre la tapa de los cajones. El cuero de las maletas se abría cortado a cuchillo por innumerables manos; en el galpón, los cosacos resistían, ante los rugidos, bajo el cuchillo. A pesar de la luna, veía yo en torno al barracón, errar antorchas, en una dispersión de agujas. Un alarido ronco se elevaba, haciendo que a lo largo aullaran los perros. Y de todos los callejones desembocaba, corría el populacho en sombras ligeras, un bosque de picas y hoces curvas.

Súbitamente, en la tienda terrosa, escuché el tumulto de la turba que la invadía a través de las despedazadas puertas; seguramente me estaban buscando suponiendo que yo tendría conmigo lo mejor del tesoro, piedras preciosas y oro. El terror me hizo desvariar. Corrí a un barrote de bambú hacia el lado del patio. Lo arranqué, salté por encima de una capa de hierba espesa, entre un olor de inmundicias. Mi pony, sujeto a un madero, relinchaba, jalando furiosamente del cabestro. Me arrojé sobre él y tiré de sus crines. En ese momento, por el portón de la cocina destrozada, irrumpía una horda con linternas y lanzas, en medio de un clamor de delirio. El pony, espantado, saltó un arroyo. Una flecha silbó a mi lado, después un ladrillo me golpeó un hombro, otro me dio en los riñones, uno más dio en el anca del pony, y aún otro me rasgó la oreja. Aferrado desesperadamente a las crines, jadeando, con la lengua de fuera, la sangre goteando de mi oreja salí despedido en un arranque furioso a lo largo de una calle. Y de repente me encontré frente a una muralla, un bastión, ante la puerta de la villa cerrada.

Alucinado, entonces, sintiendo rugir detrás a la turba, abandonado de todo socorro humano, *inecesité de Dios!* Creí en él, le grité que me salvara; y mi propio espíritu iba tumultuosamente arrebatándose para ofrecerle fragmentos de oraciones, de salves, que todavía yacían en el fondo de mi memoria. Me volví sobre el anca del potro, en una esquina surgió la llamarada de las antorchas; era el populacho; me precipité a lo largo de una alta muralla que corría a mi lado como una amplia cinta negra furiosamente desenrollada. De súbito vi una brecha, un boquete erizado de zarzas y fuera la planicie que bajo la luna parecía como una vasta extensión de agua durmiente. Me arrojé hacia allá, desesperadamente, sacudido por los galopes del potro. Y durante mucho tiempo anduve a salto de mata en el descampado.

De pronto, el pony y yo, en una sorda caída. Era una laguna. Mi boca se llenó con agua podrida y los pies se me atoraron con las suaves raíces de los nenúfares. Cuando me levanté, me afirmé en el suelo, vi al pony que corría muy lejos, como una sombra, con los estribos al viento.

Entonces empecé a caminar entre aquella soledad, hundiéndome en las tierras lodosas, cortando a través de la hierba espinosa. La sangre de la oreja me iba salpicando sobre el hombro, ante la frialdad del campo,

el traje anegado se me helaba sobre la piel, y a veces, en la sombra, me parecía ver brillar los ojos de las fieras.

Finalmente, dí con un recinto de piedras sueltas, donde yacía, bajo un arbusto negro, uno de aquellos montones de ataúdes amarillos que los chinos abandonan en los campos y donde se pudren los cuerpos. Me dejé caer sobre el cajón, postrado, pero un olor abominable flotaba en el aire, y al apoyarme sentí lo viscoso de un líquido que escurría por las hendiduras de las tablas. Quise huir. Pero las rodillas se negaban, me temblaban, y los árboles, las rocas, las altas hierbas, todo el horizonte comenzó a girar alrededor de mí como un discos a muy alta velocidad. Chispas sanguíneas vibraban ante mis ojos y sentí como que caía desde muy elevado sitio, despacio, como una pluma que desciende.

Cuando recobré el sentido, me encontraba a todo lo largo de un banco de piedra, en el patio de un amplio edificio semejante a un convento, que un silencio solemne rodeaba. Dos sacerdotes lazaretos estaban lavándome despacio la oreja. Circulaba un aire fresco, la polea de un pozo chirriaba lentamente, una campana tocaba a maitines. Levanté los ojos, divisé una blanca fachada con ventanillas enrejadas y una cruz en lo más alto. Entonces, contemplando aquella paz de claustro católico como un rincón de mi patria recobrada, al abrigo y la consolación, me rodaron de los párpados mudas lágrimas.



VII

En la madrugada, dos padres lazaretos, al dirigirse a Tien-Hó, me habían encontrado desmayado en el camino. Y, como dijo el alegre padre Loriot, "ya era tiempo", porque en torno a mi cuerpo inmóvil, un negro semicírculo de esos gruesos y saturnales cuervos de Tartaria, me estaba ya contemplando con gula.

Me llevaron sin tardanza al convento en una parihuela, y fue grande el regocijo de la comunidad cuando supo que yo era un latino, un cristiano y un súbdito de los Reyes Fidelísimos. El convento forma allí, al centro, un pequeño burgo católico, apiñado alrededor de la sólida residencia, con un caserío de siervos, en la base de una construcción feudal. Existe desde la aparición de los primeros misioneros que recorrieron Manchuria. Porque nos encontramos en los confines de China, más allá ya es Mongolia, la Tierra de las Hierbas, inmenso prado verde oscuro, tierras de inundación sin fin, con el colorido aquí y más allá del vivo de las flores silvestres.

Ahí yace la vasta planicie de los nómadas. Desde mi ventana veía negrear los círculos de las tiendas cubiertas de fieltro o pieles de carnero, y a veces asistía a la salida de una tribu, en hileras de largas caravanas, conduciendo sus rebaños al oeste.

El superior de los lazaretos era el excelente padre Giulio. Su larga pertenencia entre las razas amarillas lo había convertido en casi un chino, cuando lo encontraba en el claustro con su túnica morada, la coleta corta, la barba venerable, agitando despacio un enorme abanico, me parecía un sabio letrado comentando mentalmente, en la paz de un templo, el Libro Sagrado de Chu. Era un santo, pero el olor de ajo que despedía hubiera apartado a las almas más dolientes y necesitadas de consuelo.

¡Mantenía allí una dulce memoria de los días pasados! Mi cuarto encalado de blanco, con una cruz negra, ofrecía el recogimiento de una celda. Despertaba siempre con el toque de los maitines. Por respeto a los viejos misioneros, acudía a oír misa en la capilla, me enternecía allí, tan lejos de la católica patria, en aquellas tierras mongólicas, ver ante la clara luz de mañana, la casulla del sacerdote, con su cruz bordada, humillándose ante el altar, y escuchar el murmullo, en el silencio fresco, de los *Dominus Vobiscum* y los *Cum spiritu tuo*.

Por las tardes asistía a la escuela, admirando a los pequeños chinos declinando *hora, horae*. Y después del refectorio, pasaba por el claustro, escuchando los cuentos de distantes misiones, de viajes apostólicos al país, las hierbas, de las prisiones soportadas, de las marchas y los peligros, las crónicas heroicas de la Fe.

Por mi parte, no conté en el convento mis aventuras fantásticas. Me consideré un curioso turista, que tomaba notas sobre el universo. Y a la espera de que cicatrizara mi oreja, me abandonaba en una lasitud de alma, a aquella paz del monasterio.

¡Pero estaba decidido a abandonar muy de prisa China, ese imperio bárbaro que odiaba ahora prodigiosamente!

Cuando me ponía a pensar que había venido desde los confines de Occidente para traer a una provincia china la abundancia de mis millones y que apenas había llegado allí había sido saqueado, apedreado, flechado, me llenaba de un sordo rencor y derrochaba horas agitándome en el cuarto, imaginándome las cosas más fieras que iba a intentar para vengarme del Imperio de Enmedio.

Retirarme con mis millones era el desquite más práctico, más fácil. Además mi idea de resucitar artificialmente, para bien de China, la personalidad de Ti-Chin-Fu, ahora me parecía absurda, de una insensatez de pesadilla. Yo no entendía la lengua ni las costumbres, ni los ritos ni las leyes, ni a los sabios de aquella raza. ¿Qué venía entonces a hacer allí sino a exponerme por el aparato de mi riqueza, a los asaltos de un pueblo que hace cuarenta y cuatro siglos es pirata de los mares y barre las tierras con su rapiña?

Además de eso, Ti-Chin-Fu y su cometa continuaban invisibles, seguramente se habían remontado al Cielo Chino de los Abuelos, y ya con el aplacamiento de los remordimientos, disminuía visiblemente en mí el deseo de expiación.

Sin duda que el viejo letrado estaba cansado de abandonar esas regiones inefables para venir a estirarse en mis muebles. Habría visto mis esfuerzos, mis deseos por serle útil a su prole, a su provincia y a su raza y satisfecho, se habría acomodado regaladamente para dormir su siesta eterna. ¡Nunca más iba yo a volver a ver su barriga amarilla!

Y entonces, me devoraba el apetito de echarme ya tranquilo y libre, en el pacífico placer de mi oro en Loreto o en el bulevar, bebiendo la miel florida de la civilización.

Pero ¿la viuda de Ti-Chin-Fu, las mimadas señoras de su descendencia, nietos pequeñitos? ¿Iba yo a dejarlos bárbaramente, expuestos al hambre, el frío, entre los callejones negros de Tien-Hó? Ellos no eran culpables de las pedradas que me había arrojado el populacho. Y yo, que era cristiano, asilado en un convento cristiano, con el Evangelio a la cabecera de la cama, rodeado de existencias que eran la encarnación de la Caridad, no podía dejar el Imperio sin restituirles a aquellos a quienes había despojado de su abundancia, esa comodidad honesta que recomienda el Clásico de la Piedad Filial.

Entonces le escribí a Camilloff. Le hablaba de mi abyecta fuga, bajo las piedras de la turba china, la protección cristiana que me había ofrecido la misión, el vivo deseo de dejar el Imperio de Enmedio. Le pedía que remitiera él a la viuda de Ti-Chin-Fu los millones depositados por mí en la casa del mercader Tsing-Fo, en la avenida de Chá-Cua, junto al arco triunfal de Tong, en la vecindad del templo de la diosa Kaonine.

El alegre padre Loriot, que iba a Pekín en misión, llevó esta carta, que había lacrado con el sello del convento: una cruz brotando de un corazón en llamas.

Pasaron los días. Las primeras nieves blanquearon las montañas septentrionales de Manchuria, y yo me ocupaba cazando gacelas en las Tierras de las Hierbas. ¡Horas enérgicas y fuertemente vividas, las de esas mañanas, que yo dejaba pasar de largo, en el aire agreste de la llanura, entre monteros mongoles quienes, con un grito aullante y vibrador, tundían los matorrales a lanzadas! A veces, una gacela brincaba, y con la oreja baja, alargada y delicada, partía al filo del viento. Soltábamos el halcón, que volaba por encima de ella, con las alas serenas, dando con espacios regulares, con todas las fuerzas de su pico curvo, unos vivos piquetes en la cabeza. E íbamos a derribarla, finalmente, a orillas de alguna laguna muerta, cubierta de nenúfares. Entonces los negros perros de Tartaria se le amontonaban sobre el vientre, y con las patas ensangrentadas, a punto de dientes, le iban desovillando las entrañas.

Una mañana el lego portero avistó finalmente al alegre padre Loriot, trepando a toda prisa por el escarpado de regreso de Pekín, con su mochila al hombro y con un niño entre los brazos, que había encontrado abandonado, desnudo y muriéndose a un lado del camino, lo había bautizado inmediatamente en un arroyo, con el nombre de *Bien-Hallado*, y allí lo traía todo conmovido, jadeante de tanto como había apresurado el paso, para darle a la criaturita hambreada la buena leche de cabra del convento.

Después de abrazar a los religiosos, de enjugar las gruesas uvas del sudor, sacó de los bolsillos de sus calzones, un sobre con el sello del águila rusa.

—Esto es lo que le envía el papá Camilloff, amigo Teodoro. Está muy bien y su señora también. De primera.

Me refugié en un rincón del claustro para leer las dos hojas de prosa. Mi buen Camilloff, con su severa calva y los ojos de tecolote. Cómo reunía tan originalmente un sentido de lo delicado con la habilidad de la cancillería a los chismes picarescos de diplomático burlón. La carta decía así:

Amigo, huésped y carísimo Teodoro:

¡Ante las primeras líneas de su carta quedamos consternados! Pero después las siguientes nos dieron un grato alivio, al enterarnos de que se encontraba con esos santos padres de la misión cristiana. Yo iba a partir para el Yamen imperial a hacerle una severa reclamación al príncipe Tong, por el escándalo de Tien-Hó. ¡Su Excelencia demostró un júbilo desordenado, porque aunque se lamenta particularmente la ofensa, el robo, las pedradas que un huésped pudo sufrir. Como ministro del imperio ve en eso la encantadora oportunidad de extraer a la villa de Tien-Hó una multa, en castigo a la injuria hecha a un extranjero, por la ventajosa suma de trescientos mil francos, según los cálculos de nuestro sagaz Meriskoff cincuenta y cuatro mil contos de reis en la moneda de su hermoso país. Es, como afirma Meriskoff, un excelente resultado para el erario imperial. Y queda así su oreja ampliamente vengada. Aquí, comienzan a sentirse los primeros fríos y ya nos encontramos usando pieles. El bueno de Meriskoff se encuentra con sufrimientos del hígado, pero el dolor no le altera su criterio filosófico ni su sabía verbosidad. Tuvimos un grave disgusto: el hermoso perrito de la buena madame Tagarieff –la esposa de nuestro amado Secretario–, el adorado Tu-Tu, desapareció en la mañana del 15. Realicé ante la policía averiguaciones urgentes, pero Tu-Tu no nos fue entregado y nuestro sentimiento es aún mayor cuanto es de todos conocido que la población de Pekín aprecia extremadamente a esos perritos, guisados en almíbar. Sucedió aquí un caso abominable y de consecuencias funestas: la Ministra de Francia, esa petulante madame Guijón, ese "gallo seco" (como dice nuestro Meriskoff) en la última comida de Legación, ofreció, con desprecio de todas las normas internacionales, el brazo, su descarnado brazo, y su derecha en la mesa a un simple agregado inglés, Lord Gordon. ¿Qué me dice de esto? ¿Es creíble? ¿Es razonable? ¡Esto significa destruir el orden social! ¡El brazo, su derecha a un agregado, un escocés color ladrillo, con un cristal incrustado en un ojo, cuando entre todos los presentes había embajadores, ministros y yo! Esto ha causado, entre el cuerpo diplomático una sensación inenarrable. Esperamos instrucciones de nuestros gobiernos. Como dice Meriskoff, moviendo tristemente la cabeza: es grave, es muy grave. Lo que prueba (y nadie lo duda) que Lord Gordon es el benjamín del "gallo seco". ¡Qué putrefacción, qué lodo! La generala no la ha pasado bien, desde la partida de usted para la malhadada Tien-Hó. El Dr. Pagloff no encuentra el mal; es una languidez, un marchitarse, una saudosa indolencia que la mantiene horas y horas inmóvil sobre el sofá, en el pabellón del Reposo Discreto con la mirada vaga y los labios llenos de suspiros. Yo no me hago ilusiones, sé perfectamente lo que la mina: es esa infortunada enfermedad de la vejiga, que le dio por las malas aguas, cuando estuvimos en la Legislación de Madrid. ¡Que se haga la voluntad del Señor! Ella le pide que le envíe un petit bon jour, y desea que mi huésped, en cuanto llegue a París, le envíe por la maleta de la embajada a San Petersburgo (de allí llegará a Pekín), dos docenas de guantes de doce botones, número cinco y tres cuartos, marca Sol, de los Almacenes del Louvre, así como las últimas novelas de Zola, y Madmoiselle de Maupin de Gautier, así como una caja de frascos de Opoponax. Me olvidaba decirle que cambiamos de panadero, ahora nos abastecemos en la panadería de la embajada inglesa, dejamos la de la embajada francesa para evitar comunicanos con el "gallo seco". He allí los inconvenientes de que no tengamos, aquí en la embajada rusa una panadería, a pesar de los múltiples informes, tantas reclamaciones que sobre este asunto hemos enviado a la cancillería de San Petersburgo. Ellos saben bien que Pekín no hay panaderías, que cada Legación tiene la suya propia, como un elemento de instalación y de influencia. Pero nada. En la Corte Imperial se desatienden los más serios intereses de la civilización rusa. Creo que es todo lo que hay de nuevo en Pekín y en las Legaciones. Meriskoff le saluda y todos los de esta embajada; así como el condecito Arthur, Zizí de la legación española, Hocico caído y Lulú, en fin, todos, yo más que nadie, que firmo con saudades y afecto:

GENERAL CAMILLOFF

P.S.: En lo referente a la viuda de Ti-Chin-Fu, hubo una equivocación. El astrólogo del templo de Faqua cometió un error en la interpretación sideral no es realmente en Tien-Hó donde reside esa familia. Es al sur de China, en la provincia de Cantón. Pero también hay una familia Ti-Chin-Fu mas allá de la Gran Muralla, casi con la frontera rusa, en el distrito de Kao-Li.

A ambas se les murió el jefe, a ambas las asaltó la pobreza. Por lo tanto espero nuevas órdenes, no retiré el dinero de la casa de Tsing-Fo. Esta información reciente me la envió hoy su Excelencia el príncipe Tong, con deliciosa compota de pera. Debo informarle que nuestro buen Sá-Tó, apareció por aquí de regreso de Tien-Hó, con un labio rasgado y leves contusiones en el hombro, habiendo salvado sólo de la maletería saqueada, una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, que por una inscripción atrás, veo que perteneció a su venerable mamá. Mis valientes cosacos, quedaron en un charco de sangre. Su Excelencia el príncipe Tong condescendió pagármelos a diez mil francos cada uno, de las sumas arrancadas a la villa de Tien-Hó. Sá-Tó me dice que si mi huésped, como es natural, va a reiniciar sus viajes a través del Imperio en busca de los Ti-Chin-Fu, él se iba a considerar honrado y venturoso en acompañarle, con una fidelidad canina y una docilidad cosaca.

CAMILLOFF

—¡No, nunca! —rugí con furor, arrugando la carta, monologando en largos paseos por el claustro melancólico—. ¡No, por Dios o por el Demonio! ¿Ir de nuevo a pisar las carreteras de China? ¡Jamás! ¡Oh, suerte desastrosa! ¡Dejar mi comodidad en Loreto, mi nido amoroso en París, venir rodando en una asqueante ola de Marsella a Shangai, sufrir las pulgas de los bateles chinos, el hedor de las callejuelas, el empolvado de los caminos árdidos! ¿para qué? Tenía un plano que se elevaba hasta los cielos, grandioso y adornado como un trofeo, por encima de él cintilaban, de lo alto a lo bajo toda suerte de buenas acciones; y de aquí que vino a caer por el suelo, pieza a pieza, hecho una ruina. ¡Quería ofrecerle mi nombre, mis millones y la mitad de mi lecho de oro a una de las mujeres de Ti-Chin-Fu, y no lo permitieron los prejuicios nacionales de una raza bárbara! ¡He pretendido, con el botón de cristal de mandarín, reordenar los destinos de China, traerles la prosperidad civil, y me lo veda la ley del imperio! ¡Aspiro a derramar una limosna sin fin para una población ham-



brienta, y corro el ingrato peligro de ser decapitado como instigador de rebeliones! ¡Vengo a enriquecer una villa, y la turba tumultuosa me apedrea! ¡Iba, en fin, a darle la abundancia y la comodidad que alaba Confucio, a la familia Ti-Chin-Fu y a esa familia se la traga la tierra, se evapora como el humo, y otras familias Ti-Chin-Fu aparecen aquí y allá, vagamente, al sur, al oeste, como claros engañosos! ¿Y había de ir a Cantón, a Kao-Li, a exponer mi otra oreja a ladrillos brutales, huir todavía por descampados, aferrado a las crines de my pony? ¡Jamás!

Me detuve. Y con los brazos alzados, dirigiéndome a las arcadas del claustro, a los árboles, al aire silencioso y delicado que me envolvía: Ti-Chin-Fu –grité– ¡Ti-Chin-Fu! ¡Para aplacarte hice lo que era razonable generoso y lógico! ¿Se encuentran satisfecho, venerable letrado, tú y tu gentil cometa, tu barriga oficial? ¡Háblame, háblame!

Escuché, observé. La polea del pozo, a aquella hora del medio día, rechinaba despacio, en el patio, bajo las moras, a lo largo de la arquería del claustro se secaban, en papel de seda, las hojas de té de la cosecha de octubre. Por la puerta medio cerrada de la clase pasaba el susurro lento de las declamaciones latinas: era la severa paz, hecha con la sencillez de las ocupaciones, con la honestidad de los estados, con el aire pastoril de aquella colina donde dormía, bajo el blanco sol del invierno, el burgo religioso. Y con aquella serenidad ambiental, me pareció recibir en el alma, de pronto, una pacificación absoluta.

Con los dedos todavía trémulos, encendí un puro, y pronuncié esta expresión, limpiándome en la cabeza una gota de sudor, era la palabra resumen de un destino:

–Bien. Ti-Chin-Fu se encuentra contento.

Me dirigí luego a la celda del Padre Giulio. Éste leía su breviario en la ventana, masticando dulces de azúcar, con el gato en el regazo.

–Reverendísimo, regreso a Europa. ¿Algunos de nuestros buenos sacerdotes no irán por azar en Misión por las tierras de Shangai?

El venerable superior se colocó sus redondos anteojos, y hojeando con unción un vasto registro en letra china, fue murmurando:

–Quinto día de la décima Luna. Sí, está el padre Anacleto a Tien-Tsin. A la novena, van los hermanos de la Santa Cuna. La duodécima Luna, el padre Sánchez va a Tien-Tsin también para la obra del Catecismo de los Huérfanos. Si, caro huésped, tiene compañeros hacia el este.

–¿Mañana?

–Mañana. Es dolorosa la separación en estos confines del mundo, cuando las almas se comprenden bien en Jesús. Que nuestro padre Gutiérrez le prepare un buen atado. Nosotros ya lo queríamos como a un hermano, Teodoro. Cómase un dulce, están deliciosos. Las cosas se encuentran en feliz reposo cuando están en su lugar y elemento natural. El lugar del corazón del hombre es el corazón de Dios y el de usted es este asilo seguro. Cómase un dulce. ¿Qué es eso, hijo mío, qué es eso?

Yo estaba colocando, en su Breviario abierto en una página del Evangelio de la pobreza, un grueso rollo con billetes del banco de Inglaterra y balbucí:

–Para sus pobres, reverendísimo mío...

–Excelente, excelente, que nuestro buen Gutiérrez le haga un hatillo abundante. *Amén*, hijo mío. *In Deo omnia spes.*

Al otro día, entre el padre Anacleto y el padre Sánchez, montado en una mula blanca del convento, bajé del burgo ante el repique de las campanas. Y allí fuimos hacia Hiang-Hiam, que era una villa negra y amurallada, donde atracan los barcos que bajan a Tien-Tsin. Ya las tierras a lo largo del Pei-Hó estaban todos cubiertas de blanca nieve; en las bajas ensenadas ya en el agua se estaba helando, y envueltos en pieles de carnero, alrededor de la fogata, en la popa del barco, los buenos padres y yo conversábamos sobre los trabajos de los misioneros, de las cosas de China, a veces de los intereses del Cielo, pasando de mano en mano la gruesa botella de ginebra.

En Tien-Tsin me separé de aquellos santos compañeros. Y después de dos semanas, en un medio día de tibio sol, me paseaba fumando mi puro y mirando la prisa de los muelles de Hong-Kong, en la cubierta del Java, que iba trasportando fierro para Europa.

Fue un momento conmovedor para mí aquel en el cual vi, con los primeros movimientos de la hélice, apartarse la tierra de China.

Esa mañana, desde que me había despertado, una sorda inquietud había comenzado a pesarme en el alma, Ahora me ponía a pensar que había venido a aquel vasto imperio para calmar, por medio de la expiación, una protesta temerosa de la Consciencia. Y por fin, impelido por una impaciencia nerviosa, ahí me encontraba partiendo, sin haber hecho otra cosa que deshonrar lo bigotes blancos de un general heroico, y haber recibido pedradas en la oreja en una villa de los confines de mongolia.

¡Extraño destino el mío!

Hasta el anochecer me estuve acostado sombríamente a bordo del paquebote, viendo el mar calmo, como una vasta pieza de seda azul, que se plegaba por los costados en dos ondas blandas. Poco a poco grandes estrellas empezaron a palpitar en la concavidad oscura y la hélice en la sombra, iba trabajando a su ritmo. Entonces, poseído por una suave fatiga, fui vagando por el paquebote, mirando aquí y allí, la brújula iluminada, los montones de cabrestantes, las piezas de la máquina, en medio de una claridad ardiente, moviéndose cadenciosamente, las chispas que saltaban de la chimenea, en una columna de humareda negra: los marineros de barba rubia inmóviles alrededor del timón, y la figura de los pilotos, sobre el puente altas y vagas en la noche.

En la cabina del capitán, un inglés con un *salacot*, rodeado por damas que bebían coñac, iba ejecutando melancólicamente en la flauta el aire de *Bonnie Dundee.*

Eran las once cuando descendí a mi litera. Las luces ya estaban apagadas pero la luna que se levantaba al nivel del agua, redonda y blanca, daba en el cristal de la cabina, como un rayo de claridad, y entonces, en esa media tinta pálida, vi, extendido sobre una hamaca, la figura panzona, vestida con seda amarilla, con su cometa en los brazos.

¡Era él, otra vez!

¡Y fue él, perpetuamente! Fue él en Singapur y en Ceilán. Fue él elevándose en las arenas del desierto, al pasar el canal de Suez; adelantándose a la proa de un barco de provisiones, cuando nos detuvimos en Malta, resbalando sobre las rosadas montañas de Sicilia; emergiendo de los neblineros que rodean el morro de Gibraltar. Cuando desembarqué en Lisboa, en el muelle de las Columnas, su figura barrigona llenaba todo el arco de la Rua Augusta, y sus oblicuos ojos se fijaban en mí, y los dos ojos pintados de su cometa parecían fijarse también en mí.

VIII

Entonces, seguro de que jamás iba a poder aplacar a Ti-Chin-Fu, toda esta noche en mi cuarto de Loreto, donde como antiguamente, las velas innumerables de los candelabros daban a los damascos tonos de sangre fresca, pensé en sacudirme, como el adorno de un pecado, esos millones sobrenaturales. Y así me iba a librar tal vez de aquella barriga y de aquella cometa abominable.

Abandoné el palacete de Loreto, la existencia de nabab. Fui con una quincena vencida a realquilar mi cuarto en la casa de Madame Marques y volví al Ministerio, con la espalda humillada, a implorar mis veinte mil reis mensuales, y mi suave pluma de amanuense.

Pero un sufrimiento más grande vino a amargar mis días. Me creían arruinado, todos aquellos a quienes mi opulencia había humillado, me cubrían con ofensas como se cubre de basura a una estatua derruida de un príncipe caído. Los periódicos, con triunfal ironía, ridiculizaron mi miseria. La aristocracia que había balbucido adulaciones a los pies del nabab, ordenaba ahora a sus cocheros que atropellaran en las calles el cuerpo encogido del plumario de escritorio. El clero, que yo había enriquecido, me acusaba de "hechicero". El pueblo me arrojó piedras y la Madame Marques cuando me quejaba humildemente de la dureza granítica de sus bisteces, se ponía las dos manos en la cintura y gritaba:

–¡Vaya con el alfeñique! ¿entonces qué más quiere usted? ¡Aguántese! ¡Vaya con el pobretón!

Y a pesar de esta expiación, el viejo Ti-Chin-Fu permanecía siempre sobre mi camastro, obeso y color de oca, porque sus millones, que yacían ahora estériles e intactos en los bancos, de hecho eran míos todavía. ¡Desgraciadamente míos!

Entonces, indignado, súbitamente un día regresé escandalosamente a mi palacete y a mi lujo. En esa noche, de nuevo el resplandor de mis ventanas iluminó el Loreto. Y a través del portón abierto, se vieron, como antiguamente, negrear en sus uniformes de seda negra, las largas filas de lacayos decorativos.

Luego, Lisboa, sin dudar lo más mínimo, se arrojó a mis pies. Madame Marques me llamó, llorando, "hijo de su corazón". Los periódicos me adjudicaron calificativos que, desde vieja tradición, pertenecían a la divinidad: fui el Omnipotente, fui el Omnisciente. La Aristocracia me besó los dedos como a un tirano. Y el clero me incensó como a un ídolo. Y mi desprecio por la humanidad fue tan vasto que se extendió al Dios que la creó.

Desde entonces, una saciedad enervante me mantenía semanas enteras en un sofá, mudo y saturnal, pensando en la felicidad de no ser.

Una noche, caminando a solas en una calle desierta, vi delante de mí al personaje vestido de negro con su paraguas bajo el brazo, era el mismo que en mi cuarto feliz de la Travesía de la Concepción me había hecho, con un retintinear de timbre, heredar tantos millones detestables. Corrí hacia él, me aferré a la pechera de su saco burgués, gritándole:

–¡Líbrame de mis riquezas! ¡Resucita al mandarín! ¡Restitúyeme a la paz de mi miseria!

Él pasó gravemente su paraguas a abajo del otro brazo, y contestó con bondad:

–No puede ser, mi querido señor, no puede ser.

Me arrojé a sus pies en una abyecta súplica, pero sólo vi ante mí, bajo la mortecina luz del gas, la forma magra de un perro explorando la

basura. Nunca más encontré a este individuo. Y ahora el mundo me parece un inmenso montón de ruinas en las que mi alma solitaria, como un exilado que va por entre columnas caídas, gime gime cesar.

Las flores de mis aposentos se marchitan y nadie las renueva. Toda luz me parece una antorcha, y cuando mis amantes vienen, en la blancura de sus peinadores y se recuestan sobre mi lecho, lloro como si divisara la legión amortajada de mis alegrías difuntas.

Me siento morir. Tengo mi testamento hecho. Heredo mis millones al Demonio, le pertenecen, que los reclame él y que los reparta.

Y a ustedes, hombres, os heredo sólo, sin comentarios mayores, estas palabras: "Sólo sabe bien el pan que día a día ganan nuestras manos. Nunca mates a un mandarín".

Y todavía, al expirar, me consuela prodigiosamente esta idea: que del norte al sur y del oeste al este, desde la Gran Muralla de Tartaria hasta las olas del mar Amarillo, en todo el vasto imperio de la China, ningún mandarín quedaría vivo, si tú tan fácilmente como yo, pudieras suprimir y heredar sus millones con ioh lector! improvisada creatura de Dios, obra mala de mala arcilla, semejante mío y mi hermano.



Autores de la Segunda Etapa
de noviembre 1994 a octubre 1997

- Rafael Alberti
- José María Arguedas
- Juan José Arreola
- Adolfo Bioy Casares
- Luis Cardoza y Aragón
- Sandra Cisneros
- Rosa Chacel
- Eliseo Diego
- José Donoso
- João Guimaraes Rosa
- Pedro Henríquez Ureña
- Jorge Ibargüengoitia
- Juan Ramón Jiménez
- Clarice Lispector
- José Martí
- Álvaro Mutis
- Juan Carlos Onetti
- Miguel Otero Silva
- Alfredo Pareja Diezcanseco
- Nicanor Parra
- Arturo Uslar Pietri
- Nélida Piñón
- Eça de Queirós
- Julio Ramón Ribeyro
- Ernesto Sábato
- Jaime Sabines
- Salarrué
- Carlos Salazar
- Luis Rafael Sánchez
- José Saramago
- Miguel Torga
- Xavier Villaurrutia

En agosto Videoteca/30

regala

Las Aventuras de Chatrán

Narrada en castellano

Página/30

La revista que se puede leer, ver, escuchar, rebobinar y volver a leer.